

William Shakespeare

El Sueño de una
Noche de Verano



E LEJANDRIA

William Shakespeare
El Sueño de una
Noche de Verano



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

WILLIAM SHAKESPEARE

PUBLICADO: 1600
FUENTE: WIKISOURCE
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
**EDICIÓN ORIGINAL: YALE UNIVERSITY PRESS, NEW HAVEN,
CONNECTICUT, 1918**

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

WILLIAM SHAKESPEARE

DRAMATIS PERSONÆ

Teseo, Duque de Atenas

Egeo, padre de Hermia

Lisandro, enamorado de Hermia

Demetrio, enamorado de Hermia

Filóstrato, maestro de festejos de Teseo

Quince, carpintero

Snug, ebanista

Bottom, tejedor

Flute, reparador de fuelles

Snout, hojalatero

Starveling, sastre

Hipólita, reina de las Amazonas, prometida de Teseo

Hermia, hija de Egeo, enamorada de Lisandro

Helena, enamorada de Demetrio

Oberón, rey de las hadas

Titania, reina de las hadas

Puck, o Robin el Bueno

Flor de Guisante, Telaraña, Polilla, Mostaza — hadas

Otras hadas al servicio del Rey y la Reina

Séquito de Teseo e Hipólita

La acción transcurre en Atenas y en un bosque cercano.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

[Atenas. El palacio de Teseo]

Entran Teseo, Hipólita, y otros; con ellos Filóstrato.

TES. Bella Hipólita, nuestra hora nupcial
se aproxima veloz: cuatro venturosos días
traerán otra luna consigo; mas ¡ay!, cómo se demora
esta vieja luna en menguar; frena mis deseos
como una madrastra, o como una viuda
que va agotando lentamente la herencia de un mozo joven.

HIP. Cuatro días se hundirán pronto en la noche;
cuatro noches harán pasar veloz el tiempo en sueños;
y entonces la luna, semejante a un arco de plata
recién tensado en el cielo, contemplará la noche
de nuestras bodas.

TES. Ve, Filóstrato,

despierta en la juventud ateniense el ánimo de la fiesta;
aviva el vivo y ágil espíritu de la alegría;
manda la melancolía a los entierros;
esa pálida compañera no es para nuestro cortejo.
Sale Filóstrato.

Hipólita, te cortejé con mi espada
y gané tu amor causándote heridas;
mas me desposaré contigo en otro tono,
con pompa, con triunfo y con festejo.

Entran Egeo y su hija Hermia, Lisandro y Demetrio.

EGE. ¡Feliz sea Teseo, nuestro ilustre duque!

TES. Gracias, buen Egeo. ¿Qué noticias me traes?

EGE. Llego lleno de agravio, con una queja
contra mi hijo, mi hija Hermia.

Adelante, Demetrio. Mi noble señor,
este hombre tiene mi consentimiento para casarse con ella.

Adelante, Lisandro; y, mi gracioso duque,
este hombre ha hechizado el corazón de mi hija.

Tú, tú, Lisandro, le has dado rimas,
y canjeado con ella prendas de amor;
le has cantado de noche bajo su ventana,
con voz engañosa, versos de amor fingido;
y has robado la impronta de su fantasía
con pulseras de tu cabello, anillos, baratijas, caprichos,
chucherías, frioleras, ramilletes, confites, mensajeros

de gran poder sobre la juventud sin curtir;
con astucia has sustraído el corazón de mi hija
y torcido su obediencia, que me es debida,
hacia una terquedad obstinada. Y, mi gracioso duque,
si ella no consiente aquí ante Vuestra Gracia
en desposarse con Demetrio,
reclamo el antiguo privilegio de Atenas:
siendo ella mía, puedo disponer de ella,
ya sea para dársela a este caballero,
o a la muerte, conforme a nuestra ley
que expresamente lo prevé para tal caso.

TES. ¿Qué dices tú, Hermia? Reflexiona, doncella.

Tu padre ha de ser para ti como un dios;
él ha compuesto tu hermosura; sí, y eres para él
tan solo una figura en cera
impresa por él, y está en su poder
conservar la imagen o destruirla.

Demetrio es un noble caballero.

HER. También lo es Lisandro.

TES. En sí mismo, sí;
mas en este caso, a falta de la voz de tu padre,
el otro ha de tenerse por más digno.

HER. Quisiera que mi padre mirara con mis ojos.

TES. Tus ojos, más bien, han de mirar con su juicio.

HER. Os suplico, Gracia mía, que me perdonéis.

No sé qué poder me hace atreverme,
ni si conviene a mi modestia
exponer mis pensamientos en vuestra presencia;
pero os ruego, Gracia mía, que me hagáis saber
lo peor que pueda sobrevenirme
si me niego a desposarme con Demetrio.

TES. O morir, o renunciar para siempre
a la compañía de los hombres.

Por tanto, bella Hermia, examina tus deseos;
conoce tu juventud, sondea bien tu sangre:
si no te pligas a la elección de tu padre,
¿podrás soportar el hábito de monja,
recluida para siempre en la penumbra del claustro,
para vivir estéril hermana toda tu vida,
entonando débiles himnos a la fría e infecunda luna?
Tres veces bienaventuradas las que así dominan su sangre
y emprenden esa doncella peregrinación;
mas más dichosa en este mundo es la rosa destilada
que la que, marchitándose en la espina virgen,
nace, vive y muere en solitaria beatitud.

HER. Así creceré, así viviré, así moriré, señor,
antes que ceder mi privilegio virginal
a su señoría, cuyo yugo no deseado
mi alma se niega a reconocer como soberano.

TES. Tómame tiempo para reflexionar; y para la próxima luna nueva

el día de la firma entre mi amor y yo
del vínculo eterno de compañerismo —,
en ese día prepárate bien o a morir
por desobediencia a la voluntad de tu padre,
o a desposarte con Demetrio, como él desea,
o a hacer voto ante el altar de Diana
de austeridad y vida célibe para siempre.

DEM. Cede, dulce Hermia; y tú, Lisandro, renuncia
a tu título sin fundamento ante mi derecho cierto.

LIS. Tienes el amor del padre de Hermia, Demetrio;
déjame a mí el de Hermia: cástate tú con él.

EGE. ¡Lisandro insolente! Es cierto, tiene mi amor,
y lo que es mío se lo dará mi amor;
y ella es mía, y todo mi derecho sobre ella
lo otorgo a Demetrio.

LIS. Soy, señor, tan bien nacido como él,
tan bien dotado; mi amor es mayor que el suyo;
mi fortuna en todo sentido está tan bien ranqueada,
si no en ventaja, como la de Demetrio;
y lo que vale más que todo esto que alardeo:
soy amado por la hermosa Hermia.

¿Por qué no habría yo de hacer valer mi derecho?
Demetrio — lo afirmaré en su cara —
hizo la corte a Helena, la hija de Nedar,
y le ganó el alma; y ella, dulce dama, adora,

devotamente adora, adora con idolatría,
a este hombre manchado e inconstante.

TES. He de confesar que he oído algo de eso
y pensé hablar de ello con Demetrio;
mas, demasiado ocupado con mis propios asuntos,
se me fue de la mente. Mas, Demetrio, ven;
y tú también, Egeo; venid conmigo,
que tengo algo que deciros a los dos en privado.

Y tú, bella Hermia, disponte
a acomodar tus afectos a la voluntad de tu padre,
pues si no, la ley de Atenas te entrega,
y no hay modo de atenuar su rigor,
a la muerte o al voto de vida solitaria.

Ven, Hipólita mía. ¿Qué te parece, amor?

Demetrio y Egeo, venid:

he de encomendaros ciertos asuntos
con vistas a nuestras bodas, y tratar con vosotros
de algo que os concierne de cerca.

EGE. Con deber y con gusto os seguimos.

Salen todos. Quedan Lisandro y Hermia.

LIS. ¿Qué es esto, amor mío? ¿Por qué está tan pálida tu mejilla?
¿Por qué se marchitan tan aprisa las rosas que allí hay?

HER. Quizá por falta de lluvia, que bien podría
darles de la tempestad de mis ojos.

LIS. ¡Ay de mí! Por cuanto he podido leer,

oír en cuentos o en historias,
el curso del amor verdadero nunca fue llano;
o bien era distinto en sangre...

HER. ¡Oh, contrariedad! Demasiado alta para estar sujeta a lo bajo.

LIS. O bien mal hermanado en lo que toca a la edad...

HER. ¡Oh, tormento! Demasiado viejo para estar unido a lo joven.

LIS. O bien dependía de la elección de los amigos...

HER. ¡Oh, infierno! Elegir el amor con los ojos de otro.

LIS. O si había afinidad en la elección,
la guerra, la muerte o la enfermedad le ponían cerco,
haciéndolo fugaz como un sonido,
veloz como una sombra, breve como un sueño,
efímero como el relámpago en la noche ennegrecida,
que en un arrebató desvela a un tiempo el cielo y la tierra,
y antes que el hombre pueda decir '¡Mirad!',
las fauces de la oscuridad lo devoran:
tan deprisa caen en la ruina las cosas luminosas.

HER. Si los amantes verdaderos han estado siempre contrariados,
ello figura como un edicto en el destino:

aprendamos entonces a sobrellevar nuestra prueba con paciencia,
pues es una contrariedad habitual,

tan inseparable del amor como los pensamientos, los sueños y los
suspiros,

los deseos y las lágrimas, pobres seguidores de la pasión.

LIS. Buen razonamiento: oídme, pues, Hermia.

Tengo una tía viuda, una rica viuda

de grandes rentas, que no tiene hijos:
su casa dista de Atenas siete leguas;
y ella me tiene por su único hijo.
Allí, dulce Hermia, podría casarme contigo,
y a ese lugar la rigurosa ley ateniense
no puede perseguirnos. Si me amas, pues,
escápate mañana por la noche de casa de tu padre,
y en el bosque, a una legua de la ciudad,
donde una vez me encontré contigo y con Helena
para celebrar una mañana de mayo,
allí te esperaré.

HER. ¡Mi buen Lisandro!

Te lo juro por el más poderoso arco de Cupido,
por su mejor flecha de punta dorada,
por la sencillez de las palomas de Venus,
por lo que une las almas y da prosperidad a los amores,
y por el fuego que abrasó a la reina de Cartago
cuando vio alejarse las velas del falso troyano,
por todos los votos que los hombres han roto —
en número mayor que los que las mujeres han pronunciado —,
en ese mismo lugar que me has señalado
mañana sin falta me reuniré contigo.

LIS. Cumple tu promesa, amor. Mira, ahí viene Helena.
Entra Helena.

HER. ¡Dios te guarde, bella Helena! ¿Adónde vas?

HEL. ¿Me llamas bella? Retira ese «bella».

Demetrio ama tu belleza: ¡oh, venturosa belleza!

¡Tus ojos son estrellas guía! y el dulce son de tu voz
es más melodioso que el canto de la alondra al oído del pastor,
cuando el trigo está verde y brotan los espinos blancos.

La enfermedad es contagiosa: ¡ojalá lo fuera también el encanto!

El tuyo captaría yo, bella Hermia, antes de irme;

mi oído captaría tu voz, mi ojo tu mirada,
mi lengua captaría la dulce melodía de la tuya.

Si el mundo fuera mío, Demetrio aparte,
todo lo demás lo daría por convertirme en ti.

Oh, enséñame cómo has de mirar, y con qué arte
mueves el corazón de Demetrio.

HER. Le frunzo el ceño, y aun así me ama.

HEL. ¡Ojalá mis sonrisas aprendieran tal destreza de tus ceños!

HER. Le doy maldiciones, y él me da amor.

HEL. ¡Ojalá mis súplicas pudieran mover tal afecto!

HER. Cuanto más le odio, más me persigue.

HEL. Cuanto más le amo, más me odia a mí.

HER. Su locura, Helena, no es culpa mía.

HEL. Ninguna lo es, salvo tu belleza. ¡Ojalá esa falta fuera mía!

HER. Consuélate: ya no volverá a ver mi rostro;

Lisandro y yo huiremos de este lugar.

Antes de que viera a Lisandro,

Atenas me parecía un paraíso.

Oh, ¡qué gracias no atesora mi amor,
que ha convertido un cielo en un infierno!

LIS. Helena, os revelaremos nuestro propósito.
Mañana por la noche, cuando Febe contemple
su faz de plata en el cristal del agua
y adorne de líquidas perlas la hierba de las hojas —
hora que siempre oculta las huidas de los amantes —,
hemos tramado escabullirnos por las puertas de Atenas.

HER. Y en el bosque donde tú y yo
solíamos recostarnos en lechos de pálidas primulas
vaciando el corazón de sus más íntimos secretos,
allí me reuniré con Lisandro;
y desde allí apartaremos los ojos de Atenas
para buscar nuevos amigos y compañías extranjeras.
Adiós, dulce compañera de juegos: reza por nosotros;
¡y que la buena suerte te traiga a tu Demetrio!
Sé fiel a tu palabra, Lisandro: hemos de privar nuestra vista
del sustento de los amantes hasta mañana a medianoche.
Sale Hermia.

LIS. Así lo haré, Hermia mía. — Adiós, Helena:
¡que Demetrio te adore como tú le adoras a él!
Sale Lisandro.

HEL. ¡Qué dichosos pueden ser unos sobre otros!
Por toda Atenas me tienen por tan bella como ella;
mas ¿qué importa? Demetrio no lo cree así;

no quiere saber lo que todos, salvo él, saben.
Y así como él yerra adorando los ojos de Hermia,
yo me equivoco admirando sus virtudes.
Las cosas bajas y viles, carentes de valor,
el amor puede trasladarlas a la forma y la dignidad.
El amor no mira con los ojos, sino con la mente,
y por eso se pinta ciego al alado Cupido.
Ni tampoco la mente del amor tiene atisbo de juicio;
alas sin ojos figuran una prisa irreflexiva:
y por eso se dice que el amor es un niño,
pues en su elección tantas veces se equivoca.
Como los mozos traviosos se perjuran en sus juegos,
así el niño Amor se perjura en todas partes;
pues antes de que Demetrio mirara los ojos de Hermia,
llovía juramentos de que yo era la única suya;
y cuando ese granizo sintió algún calor de Hermia,
se derritió, y se fundieron en lluvias sus juramentos.
Voy a contarle la huida de la bella Hermia:
entonces mañana por la noche irá al bosque
a perseguirla; y si por esta información
obtengo su agradecimiento, caro es el precio:
mas con ello pretendo enriquecer mi pena
al verle ir y volver.
Sale.

ESCENA SEGUNDA

[Una habitación en la casa de Quince]

Entran Quince el Carpintero, Snug el Ebanista, Bottom el Tejedor, Flute el Reparador de Fuelles, Snout el Hojalatero y Starveling el Sastre.

QUIN. ¿Está toda la compañía aquí?

BOT. Lo mejor será que los llames en general, hombre por hombre, según la lista.

QUIN. Aquí está el registro con el nombre de cada uno, de los que se ha considerado conveniente, en toda Atenas, que actúen en nuestro entremés ante el duque y la duquesa la noche del día de su boda.

BOT. Primero, buen Peter Quince, di de qué trata la obra; luego lee los nombres de los actores, y así llega a una conclusión.

QUIN. Pues bien, nuestra obra es La lamentabilísima comedia y la crudelísima muerte de Píramo y Tisbe.

BOT. Una obra muy buena, os lo aseguro, y muy divertida. Ahora, buen Peter Quince, llama a los actores según la lista. Maestros, esparcíos.

QUIN. Responded según os vaya llamando. Nick Bottom, el tejedor.

BOT. Presente. Dime qué papel me corresponde y continúa.

QUIN. Tú, Nick Bottom, estás designado para Píramo.

Bot. ¿Qué es Píramo? ¿Un amante o un tirano?

QUIN. Un amante que se mata a sí mismo, muy galantemente, por amor.

Bot. Eso pedirá alguna lágrima en la verdadera representación: si lo hago, que el público cuide sus ojos; conmoveré tempestades, expresaré condolencias en cierta medida. Pasemos a los demás: y sin embargo, mi vena principal es para un tirano.

Podría hacer a Hércules raramente, o un papel para desgarrar a un gato, para hacer estallar todo.

«Las rocas furiosas

y los sacudimientos estremecedores

romperán los cerrojos

de las puertas de la prisión;

y el carro de Febo

brillará desde lejos

y hará y deshará

los insensatos Hados.»

¡Eso sí que era grandioso! Ahora nombrad al resto de los actores. Esta es la vena de Hércules, la vena de un tirano; un amante es más condolido.

QUIN. Francis Flute, el reparador de fuelles.

FLU. Aquí, Peter Quince.

QUIN. Has de encargarte de Tisbe.

FLU. ¿Qué es Tisbe? ¿Un caballero andante?

QUIN. Es la dama de la que Píramo tiene que enamorarse.

FLU. No, por Dios, que no me toque hacer de mujer;
me está saliendo la barba.

QUIN. Da lo mismo: lo harás con máscara,
y podrás hablar con una voz tan delgada como quieras.

BOT. Si puedo ocultar la cara, que me toque también hacer de
Tisbe.

Hablaré con una voz monstruosamente pequeña:

«¡Tisne, Tisne!» «¡Ah, Píramo, mi amado;
tu Tisbe querida, y dama querida!»

QUIN. No, no; tú has de hacer de Píramo;
y Flute, tú de Tisbe.

BOT. Bien, continuad.

QUIN. Robin Starveling, el sastre.

STAR. Aquí, Peter Quince.

QUIN. Robin Starveling, has de hacer de madre de Tisbe.

Tom Snout, el hojalatero.

SNO. Aquí, Peter Quince.

QUIN. Tú, el padre de Píramo; yo, el padre de Tisbe;

Snug el ebanista, el papel del león;

y creo que aquí tenemos una obra bien repartida.

SNUG. ¿Tienes escrito el papel del león? Te ruego
que si es así me lo des, pues soy lento de memoria.

QUIN. Puedes hacerlo de improviso, pues no consiste en otra cosa
que rugir.

BOT. Que me dejen a mí hacer también al león.

Rugir tan bien que a cualquier hombre

le dará gusto oírme; rugir de tal modo
que el duque diga: «¡Que ruja otra vez, que ruja otra vez!»

QUIN. Si lo hicieras demasiado espantosamente, asustarías
a la duquesa y a las damas, de modo que gritarían;
y eso sería suficiente para que nos ahorcaran a todos.

TOD. Eso nos ahorcaría, a cada uno de nosotros.

BOT. Os lo concedo, amigos: si asustarais
a las damas fuera de su juicio, no tendrían
más discreción que la de ahorcarnos;
pero suavizaré mi voz de modo que rugir
tan suavemente como cualquier paloma que mama;
rugir como si fuese cualquier ruiseñor.

QUIN. No puedes hacer ningún papel salvo el de Píramo;
pues Píramo es un hombre de cara dulce,
un hombre apuesto, tal como se pueda ver
en un día de verano; el hombre más amable
y caballeroso que se pueda ver; y por tanto,
es necesario que hagas de Píramo.

BOT. Bien, lo aceptaré. ¿Con qué barba lo mejor que haría?

QUIN. Pues, con la que quieras.

BOT. Lo haré ya sea con vuestra barba color paja,
vuestra barba castaño-anaranjada, vuestra barba púrpura
teñida en grano, o vuestra barba color corona francesa,
vuestro perfecto amarillo.

QUIN. Algunas de vuestras coronas francesas no tienen pelo

en absoluto, y entonces actuaréis con la cara al descubierto.
Mas maestros, aquí tenéis vuestros papeles;
y os he de rogar, pidiros y suplicaros
que los aprendáis de memoria para mañana por la noche,
y que os reunáis conmigo en el bosque del palacio,
a una milla de la ciudad, a la luz de la luna:
allí ensayaremos; pues si nos reunimos en la ciudad,
nos seguirá la gente y se conocerán nuestros planes.
Entretanto prepararé una lista de accesorios
que nuestra obra requiere. Os ruego que no me falléis.
BOT. Nos reuniremos; y allí podemos ensayar
más obscenamente y con más brío. Esmerarse;
ser perfectos; adiós.
QUIN. Nos reunimos en el roble del duque.
BOT. De acuerdo; aguantad, o cortad los arcos.
Salen.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

[Un bosque cerca de Atenas]

Entra un Hada por un lado, y Robin el Bueno por otro.

PUCK. ¡Vaya, espíritu! ¿Adónde vagas?

HADA. Por cerro, por cañada,
por zarza, por breñal,
por parque, por cercado,
por torrente, por fuego,
vago yo en todo lugar,
más veloz que la esfera de la luna;
y sirvo a la reina de las hadas
para rociar con rocío sus corros en el prado:
las altas primulas son sus pajes de honor;
en sus mantos dorados veis manchas;
esas son rubíes, favores de las hadas,

en sus pecas vive su aroma:
debo buscar aquí algunas gotas de rocío
y colgar una perla en la oreja de cada prímula.
Adiós, zoquete de los espíritus: me voy;
nuestra reina y todas sus elvas llegan enseguida.
PUCK. El rey celebra esta noche sus festejos aquí.
Cuida que la reina no entre en su vista;
pues Oberón está sobremanera airado y colérico,
porque ella tiene como paje suyo
a un hermoso niño, robado a un rey de la India;
nunca tuvo tan dulce niño cambiado;
y el celoso Oberón querría al niño
como escudero de su séquito, para correr los bosques salvajes;
mas ella, a pesar suyo, retiene al amado niño,
lo corona de flores y hace de él toda su alegría.
Y ahora nunca se encuentran en arboleda ni en prado,
junto a fuente clara ni bajo el resplandor tachonado de estrellas,
sin que riñan; de modo que todas sus elvas, asustadas,
se meten en copas de bellota y allí se esconden.
HADA. O me equivoco de todo en tu figura y hechura,
o tú eres ese travieso y pícaro duende
llamado Robin el Bueno: ¿no eres tú
el que asusta a las mozas de las aldeas,
desnata la leche y a veces trabaja en el molino de mano,
y hace que la ama de casa pierda inútilmente el aliento batiendo
mantequilla;

y a veces hace que la bebida no tenga espuma;
y extravía a los caminantes nocturnos, riendo de su mal?
Los que te llaman Trasgo y dulce Puck
les haces el trabajo y ellos tendrán buena suerte:
¿no eres tú ese?

PUCK. Hada, hablas con razón;
yo soy ese alegre vagabundo de la noche.
Le gasto bromas a Oberón y le hago sonreír
cuando engaño a un gordo caballo cebado de habas
relinchando a semejanza de una yegua;
y a veces me escondo en el cuenco de una comadre,
muy a semejanza de una manzana silvestre asada;
y cuando bebe, me doy contra sus labios
y sobre su flácida papada derramo la cerveza.
La tía más sabia, contando el cuento más serio,
me toma a veces por su taburete de tres patas;
entonces me escurro de bajo su trasero, ella cae de bruces,
grita «¡sastre!» y rompe a toser;
y entonces toda la compañía se sujeta los costados y ríe,
y crecen en su alborozo, y estornudan, y juran
que nunca se pasó allí hora más alegre.

¡Mas hazte a un lado, hada! Aquí viene Oberón.

HADA. Y aquí mi señora. ¡Ojalá se hubiera ido él!

Entra el Rey de las Hadas, Oberón, por un lado con su séquito; y
la Reina, Titania, por otro con el suyo.

OBE. Mal encuentro a la luz de la luna, orgullosa Titania.

TIT. ¡Vaya! El celoso Oberón. Hadas, marchaos de aquí:
he renunciado a su lecho y a su compañía.

OBE. ¡Detente, impulsiva caprichosa! ¿Acaso no soy tu señor?

TIT. Entonces he de ser tu señora; mas ya sé
cuándo te has escabullido del reino de las hadas
y te has sentado todo el día con la figura de Corin,
tocando flautas de caña y versificando amores
a la enamoradiza Fílida. ¿Por qué estás aquí,
venido del confín más lejano de la India?

Solo porque la impetuosa Amazona,
tu amante de borzeguies y tu amor guerrero,
ha de casarse con Teseo, y vienes
a dar gozo y prosperidad a su lecho.

OBE. ¿Cómo puedes así, para tu vergüenza, Titania,
hacer insinuaciones sobre mi trato con Hipólita,
sabiendo que yo conozco tu amor a Teseo?

¿No fuiste tú quien lo guió en la noche oscilante
apartándolo de Perigenia, a quien él había ultrajado?
¿Y quien hizo que faltara a su palabra con la bella Egle,
con Ariadna y con Antíopa?

TIT. Todo eso son invenciones de los celos:
y nunca, desde el comienzo del pleno verano,
nos encontramos en cerro, en cañada, bosque o prado,
junto a fuente empedrada o arroyo de juncos,
o en la orilla arenosa del mar,

para bailar nuestras danzas en corro al viento que silba,
sin que con tus pependencias turbes nuestro solaz.
Y por eso los vientos, que nos entonaban en vano su flauta,
como en venganza, han succionado del mar
nieblas pestilentes; las cuales, cayendo sobre la tierra,
han hinchado tanto a cada misero río
que han desbordado sus orillas:
el buey ha tirado en vano de su yugo,
el labrador ha perdido su sudor, y el verde trigo
se ha podrido antes de que su juventud alcanzara la barba:
el redil está vacío en el campo anegado,
y los cuervos se ceban con el rebaño apestado;
el tablero de los nueve en fila está lleno de barro,
y los curiosos laberintos en el generoso verde
son irreconocibles por falta de pisadas:
los mortales humanos echan en falta su invierno aquí:
ninguna noche es ya bendecida con himno o villancico:
y por eso la luna, señora de las mareas,
pálida en su cólera, lava todo el aire,
de modo que las enfermedades reumáticas abundan:
y a través de este desorden vemos
que las estaciones se alteran: las heladas de cabeza cana
caen en el fresco regazo de la rosa carmesí,
y sobre la flaca y helada corona del viejo Hiems
una corona olorosa de dulces brotes estivales

se posa, como en burla. La primavera, el verano,
el otoño fecundo, el airado invierno, cambian
sus acostumbrados mantos, y el mundo aturdido,
por sus frutos, ya no sabe cuál es cuál.

Y este mismo linaje de males viene
de nuestra disputa, de nuestra disensión:
nosotros somos sus padres y su origen.

OBE. Remédialo entonces tú; en tu mano está.

¿Por qué ha de contrariar Titania a su Oberón?

No hago más que pedir un pequeño niño cambiado
para que sea mi paje de honor.

TIT. Quítate eso de la cabeza;

el reino de las hadas no compra al niño de mis manos.

Su madre era una devota de mi orden:

y en el aire especiado de la India, de noche,

muchas veces ha charlado a mi lado,

y se ha sentado conmigo en las arenas amarillas de Neptuno,

contemplando a los mercaderes que se hacían a la mar;

cuando reíamos al ver las velas hincharse

y engrandecerse como vientres con el viento caprichoso;

y ella, con grácil y ondulante paso

siguiéndolas — su vientre entonces rico con mi joven escudero —,

las imitaba, y navegaba por tierra

a traerme bagatelas, y volvía de nuevo

como de un viaje, rica de mercancías.

Mas ella, siendo mortal, murió de parto al dar ese niño;
y por su amor crío a su hijo,
y por su amor no me desprenderé de él.

OBE. ¿Cuánto tiempo pensáis quedaros en este bosque?

TIT. Quizá hasta después del día de la boda de Teseo.

Si queréis bailar pacientemente en nuestro corro
y ver nuestros festejos a la luz de la luna, venid con nosotros;
si no, evitadme, y yo evitaré vuestros parajes.

OBE. Dadme ese niño y iré contigo.

TIT. Ni por todo tu reino de hadas. ¡Hadas, fuera!

Reñiremos sin rodeos si me quedo más tiempo.

Salen Titania y su séquito.

OBE. Bien, ve por tu camino: no saldrás de este bosque
hasta que yo te atormente por este agravio.

Mi gentil Puck, ven aquí. ¿Recuerdas
cuando una vez me senté sobre un promontorio
y oí a una sirena sobre el lomo de un delfín
pronunciar un aliento tan dulce y armonioso,
que el mar bravio se aplacó ante su canto,
y ciertas estrellas dispararon locamente desde sus esferas
para oír la música de la doncella del mar?

PUCK. Lo recuerdo.

OBE. En aquel mismo instante yo vi, aunque tú no pudiste,
volando entre la fría luna y la tierra,
a Cupido armado de pies a cabeza: tomó puntería precisa

hacia una bella vestal entronizada en occidente,
y soltó con destreza su flecha amorosa del arco,
como para atravesar cien mil corazones;
mas pude ver cómo el ardiente dardo del joven Cupido
se apagaba en los castos rayos de la luna acuosa,
y la imperial devota siguió su camino
en doncella meditación, libre de pasión.
Sin embargo, noté dónde caía el dardo de Cupido:
cayó sobre una pequeña flor de occidente,
antes blanca como la leche, ahora púrpura de la herida del amor,
y las doncellas la llaman «el pensamiento».

Tráeme esa flor; la hierba que te mostré una vez:
el jugo de ella puesto en párpados dormidos
hará que hombre o mujer se apasione locamente
por la primera criatura viva que vea.

Tráeme esta hierba; y vuelve aquí
antes de que el leviatán pueda nadar una legua.

PUCK. Daré una vuelta a la tierra
en cuarenta minutos.

Sale.

OBE. Teniendo una vez este jugo,
acecharé a Titania cuando esté dormida
y dejaré caer el licor sobre sus ojos:
lo siguiente que vea al despertar,
sea león, oso, lobo o toro,

mono entrometido o activo simio,
lo perseguirá con toda el alma del amor:
y antes de quitarle este hechizo de la vista,
como puedo hacerlo con otra hierba,
la haré que me entregue a su paje.

Mas ¿quién viene aquí? Soy invisible,
y escucharé a escondidas su conversación.

Entran Demetrio y Helena siguiéndole.

DEM. No te amo, así que no me persigas.

¿Dónde están Lisandro y la bella Hermia?

Al uno mataré, la otra me mata a mí.

Me dijiste que se habían escabullido a este bosque;
y aquí estoy yo, y loco dentro de este bosque,
porque no puedo encontrar a mi Hermia.

¡Fuera de aquí! Vete y no me sigas más.

HEL. Me atraes como un imán inflexible:

mas no atraes hierro, pues mi corazón
es tan leal como el acero: deja de ejercer tu poder de atraer,
y yo no tendré fuerza para seguirte.

DEM. ¿Acaso te seduzco? ¿Te hablo con dulzura?

¿O más bien no te digo con toda claridad
que no te amo ni puedo amarte?

HEL. Y precisamente por eso te amo más.

Soy tu perrita de aguas; y, Demetrio,
cuanto más me golpees, más te adularé:

trátame como a tu perrita, desdeñame, golpéame,
ignórame, piérdeme; tan solo dame licencia,
indigna como soy, para seguirte.

¿Qué lugar más indigno puedo pedir en tu amor
—y sin embargo de alto honor a mis ojos—
que ser tratada como tratas a tu perro?

DEM. No tienes demasiado el odio de mi ánimo,
pues me enferma mirarte.

HEL. Y yo me enfermo cuando no te miro.

DEM. Pones demasiado en entredicho tu pudor
al abandonar la ciudad y ponerte
en manos de quien no te ama;
al confiar la oportunidad de la noche
y el mal consejo de un lugar desierto
con el rico valor de tu virginidad.

HEL. Tu virtud es mi salvaguarda: pues
no es noche cuando veo tu rostro,
por eso creo que no estoy en la noche;
ni le falta a este bosque mundos de compañía,
pues tú eres para mí todo el mundo:

¿cómo puede decirse entonces que estoy sola,
cuando todo el mundo está aquí mirándome?

DEM. Huiré de ti y me esconderé en la espesura,
y te dejaré a la merced de las bestias salvajes.

HEL. La más salvaje no tiene tal corazón como tú.

Corre cuando quieras, el cuento quedará cambiado;
Apolo huye y Dafne lleva la caza;
la paloma persigue al grifo; la mansa cierva
se apresura a atrapar al tigre: carrera inútil,
cuando la cobardía persigue y el valor huye.

DEM. No me entretendré en tus preguntas: déjame ir;
o, si me sigues, no creas
sino que te haré daño en el bosque.

HEL. Sí, en el templo, en la ciudad, en el campo,
me haces daño. ¡Vergüenza, Demetrio!

Tus agravios son un escándalo para mi sexo.

No podemos pelear por amor, como pueden los hombres;
debemos ser cortejadas y no hemos nacido para cortejar.

Sale Demetrio.

Le seguiré y haré de un infierno un paraíso,
por morir a manos de quien tanto amo.

Sale.

OBE. Que te vaya bien, ninfa: antes de que él abandone este
bosque,

huirás tú de él y él buscará tu amor.

Entra Puck.

¿Tienes la flor ahí? Bienvenido, vagabundo.

PUCK. Sí, aquí está.

OBE. Te ruego que me la des.

Conozco una ladera donde florece el tomillo silvestre,
donde crecen los narcisos y la violeta que se inclina,

toda cubierta por la frondosa madreSelva,
con dulces rosas almizcleñas y con escaramujo:
allí duerme Titania en algún momento de la noche,
adormecida en esas flores con danzas y delicias;
y allí la serpiente muda su piel esmaltada,
manto bastante amplio para envolver a un hada:
y con el jugo de esta flor le untaré los ojos
y la llenaré de horrendas fantasías.

Toma tú algo de esto y recorre este bosque:
una dulce dama ateniense está enamorada
de un joven desdeñoso: úntale los ojos;
mas hazlo cuando lo siguiente que él vea
sea la dama. Reconocerás al hombre
por los ropajes atenienses que lleva.

Ejecútalo con cuidado, para que él resulte
más apasionado por ella que ella por su amor.

Y cuida de encontrarte conmigo antes del primer canto del gallo.

PUCK. No temáis, señor, vuestro servidor lo hará así.

Salen.

ESCENA SEGUNDA

[Otra parte del bosque]

Entra la Reina de las Hadas con su séquito.

TIT. Venga, ahora una ronda y una canción de hadas;
luego, al cabo de la tercera parte de un minuto, marchaos;
unas a matar los gusanos en los capullos de las rosas almizcleñas,
otras a pelear con los murciélagos por sus alas de cuero
para hacer capas a mis pequeñas elvas, y otras a mantener
alejado

al ruidoso búho, que ulula de noche, y se maravilla
ante nuestros graciosos espíritus. Cantadme hasta dormirme;
luego a vuestros quehaceres, y dejadme descansar.

Las hadas cantan.

I.

«Serpientes moteadas de doble lengua,
erizos espinosos, no aparezcáis;
tritones y ciegos gusanillos, no hagáis mal;
no os acerquéis a nuestra reina de las hadas.»

«Filomela, con melodía,

canta en nuestra dulce nana;
nana, nana, nanita; nana, nana, nanita:
que ningún daño,
ni hechizo ni encantamiento,
se acerque a nuestra adorable señora;
así, buenas noches con nana.»

II.

«Arañas tejedoras, no vengáis aquí;
¡fuera, arañes de patas largas, fuera!
Escarabajos negros, no os acerquéis;
gusano ni caracol, no hagáis mal.
Filomela, con melodía...»

HADA. ¡Fuera, fuera! Ahora todo va bien.

Una, aparte, haga centinela.

Titania se duerme. Salen las hadas.

Entra Oberón y aprieta la flor sobre los párpados de Titania.

OBE. Lo que veas al despertar,

tenlo por tu verdadero amor;

ama y languidece por él:

sea lince, o gato, o oso,

leopardo, o jabalí de cerdas erizadas,

lo que aparezca ante tus ojos

al despertar, ese es tu querido.

Despierta cuando haya cerca alguna cosa vil.

Sale.

Entran Lisandro y Hermia.

LIS. Amor hermoso, desfalleces de tanto vagar por el bosque;
y a decir verdad, he olvidado nuestro camino:
descansemos, Hermia, si te parece bien,
y aguardemos el consuelo del día.

HER. Sea así, Lisandro: búscate tú un lecho,
que yo reclinaré la cabeza sobre este ribazo.

LIS. Un mismo césped servirá de almohada para los dos;
un corazón, un lecho, dos pechos y una sola lealtad.

HER. No, buen Lisandro; por mi bien, mi querido,
échate más lejos, no te pongas tan cerca.

LIS. Oh, interpreta bien, dulce mía, mi inocencia:
el amor toma el sentido en el lenguaje del amor.
Quiero decir que mi corazón está unido al tuyo,
de modo que entre los dos no podemos hacer más que uno;
dos pechos entrelazados con un juramento;
así pues dos pechos y una sola lealtad.

No me niegues entonces sitio a tu lado,
pues tumbado así, Hermia, no miento.

HER. Lisandro adivina muy graciosamente:
¡malditos sean mis modales y mi orgullo
si Hermia quiso decir que Lisandro mentía!

Mas, gentil amigo, por amor y cortesía
échate más lejos; en honesta modestia,
tal separación como la que bien puede decirse

que corresponde a un honrado soltero y a una doncella,
alejate tanto; y buenas noches, dulce amigo.

¡Que tu amor no cambie hasta el fin de tu dulce vida!

LIS. Amén, amén a esa bella plegaria, digo;

¡y que acabe mi vida cuando acabe mi lealtad!

Se retira un poco.

Aquí está mi lecho: ¡que el sueño te dé todo su reposo!

HER. ¡Con la mitad de ese deseo, queden cerrados los ojos del que lo desea!

Duermen.

Entra Puck.

PUCK. Por el bosque he andado,
mas ningún ateniense he encontrado
en cuyos ojos pudiera probar
la fuerza de esta flor para despertar el amor.

¡Noche y silencio! ¿Quién hay aquí?

Ropas de Atenas lleva:

este es él, el que dijo mi amo,
que desdeñaba a la doncella ateniense:
y aquí la doncella, dormida profundamente,
sobre el húmedo y sucio suelo.

¡Pobrecilla! no se atrevió a acostarse
junto a este desamorado, este matador de cortesía.

¡Villano, sobre tus ojos arrojo
todo el poder que este hechizo posee!

Al despertar, que el amor te prohíba

al sueño que se siente en tus párpados:

así despierta cuando yo me haya ido;

pues he de volver ahora con Oberón.

Sale.

Entran Demetrio y Helena, corriendo.

HEL. Detente, aunque me mates, dulce Demetrio.

DEM. Te ordeno que te vayas y no me acoses así.

HEL. Oh, ¿me vas a dejar en la oscuridad? No lo hagas.

DEM. Detente, so pena de tu riesgo: yo iré solo.

Sale Demetrio.

HEL. Oh, me he quedado sin aliento en esta necia carrera.

Cuanto más ruego, menos fortuna tengo.

Dichosa es Hermia dondequiera que esté;

pues tiene ojos benditos y atractivos.

¿Cómo se pusieron sus ojos tan brillantes? No con lágrimas saladas:

si así fuera, los míos se lavan con más frecuencia que los suyos.

No, no, soy tan fea como un oso;

pues las bestias que me encuentran huyen de miedo;

así que no es de extrañar que Demetrio,

como ante un monstruo, huya así de mi presencia.

¿Qué perverso y engañoso espejo mío

me hizo compararme con los ojos estelares de Hermia?

Mas ¿quién hay aquí? ¡Lisandro! ¡en el suelo!

¿Muerto o dormido? No veo sangre, no veo herida.

Lisandro, si vivís, buen señor, despertad.

LIS. [Despertando.] Y correré por el fuego por tu dulce amor.

¡Transparente Helena! La naturaleza muestra su arte

al hacerme ver tu corazón a través de tu pecho.

¿Dónde está Demetrio? Oh, ¡qué apropiado verbo

es ese vil nombre para perecer en mi espada!

HEL. No digas eso, Lisandro; no lo digas.

¿Qué importa que ame a tu Hermia? ¡Dios mío! ¿Qué importa?

Y sin embargo Hermia te sigue amando a ti: conténtate, pues.

LIS. ¿Contentarme con Hermia! No: me arrepiento

de los tediosos minutos que he pasado con ella.

No Hermia, sino Helena amo:

¿quién no cambiaría un cuervo por una paloma?

La voluntad del hombre está guiada por su razón,

y la razón dice que eres la doncella más digna.

Las cosas que crecen no maduran hasta su tiempo;

así yo, siendo joven, no he madurado hasta ahora para la razón;

y alcanzando ahora la cima de la sagacidad humana,

la razón se convierte en guía de mi voluntad

y me conduce a tus ojos; donde contemplo

historias de amor escritas en el más rico libro del amor.

HEL. ¿A qué nací yo para esta cruel burla?

¿Cuándo merecí de vos este desprecio?

¿No es bastante, no es bastante, joven,

que yo nunca, no, ni nunca podré

merecer una dulce mirada de los ojos de Demetrio,

sin que vos también hagáis mofa de mi insuficiencia?

En verdad me hacéis agravio, a fe mía que sí,
cortejándome de manera tan desdeñosa.

Mas id con Dios: me veo obligada a confesar
que os creía señor de mayor nobleza.

Oh, que una dama rechazada por un hombre
haya de ser por eso ultrajada por otro.

Sale.

LIS. Ella no ve a Hermia. Hermia, duerme ahí;
y que nunca puedas acercarte a Lisandro.

Pues como el hartazgo de las cosas más dulces
produce la más profunda repugnancia en el estómago;
o como las herejías que los hombres abandonan
son las más odiadas por los que ellas engañaron:
así tú, mi hartazgo y mi herejía,

iseas odiada de todos, pero de mí sobre todo!

¡Y todas mis fuerzas, dirigid vuestro amor y poder
a honrar a Helena y a ser su caballero!

Sale.

HER. [Despertando.] ¡Ayúdame, Lisandro, ayúdame! Haz lo posible
para arrancar esta serpiente que se arrastra de mi pecho.

¡Ay de mí, por piedad! ¡Qué sueño era este!

Lisandro, mira cómo tiemblo de miedo:

me pareció que una serpiente me comía el corazón,
y tú estabas sentado sonriendo ante su cruel presa.

¡Lisandro! ¿Qué? ¿Se ha ido? ¡Lisandro! ¡señor!

¡Qué! ¿Fuera del alcance del oído? ¿Ido? ¿Ningún sonido, ninguna voz?

¡Ay! ¿Dónde estáis? Hablad, si me oís;

¡hablad, por todo amor! Casi me desmayo de miedo.

¡No! Entonces comprendo bien que no estáis cerca:

o a la muerte o a vos encontraré sin demora.

Sale.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

[El bosque. Titania dormida]

Entran los cómicos: Quince, Snug, Bottom, Flute, Snout y Starveling.

BOT. ¿Estamos todos aquí?

QUIN. Justo, justo; y este es un lugar maravillosamente conveniente

para nuestro ensayo. Esta explanada verde será nuestro escenario,

este matorral de espino nuestro camerino;

y lo representaremos tal como lo haremos ante el duque.

BOT. Peter Quince...

QUIN. ¿Qué dices, buen Bottom?

BOT. En esta comedia de Píramo y Tisbe hay cosas que nunca gustarán.

Primero, Píramo ha de sacar una espada para matarse,

lo cual las damas no pueden sufrir. ¿Cómo respondéis a eso?

SNO. ¡Por Nuestra Señora, un miedo peligroso!

STAR. Yo creo que habrá que suprimir la muerte, a fin de cuentas.

BOT. Ni un pelo: tengo un recurso para que todo vaya bien.

Escribidme un prólogo; y que el prólogo parezca decir que no haremos daño alguno con nuestras espadas, y que Píramo no muere de verdad; y para mayor seguridad, decidles que yo, Píramo, no soy Píramo, sino Bottom el tejedor: eso los sacará del miedo.

QUIN. Bien, tendremos tal prólogo, y se escribirá en versos de ocho y seis.

BOT. No, ponle dos más: que se escriba en versos de ocho y ocho.

SNO. ¿No se asustarán las damas del león?

STAR. Lo temo, os lo prometo.

BOT. Maestros, debéis considerar entre vosotros: sacar —¡Dios nos valga!— un león entre damas es cosa muy espantosa; pues no hay fiera más temible que vuestro león en vida, y hemos de tenerlo en cuenta.

SNO. Por tanto, otro prólogo ha de decir que no es un león.

BOT. No, hay que decir su nombre, y la mitad de su cara ha de verse por el cuello del disfraz de león; y él mismo ha de hablar a través del cuello diciendo así, o algo por el estilo: «Damas», o «Bellas damas», «Os desearía», o «Os rogaría», o «Os suplicaría que no temierais, que no temblaseis:

mi vida por la vuestra. Si creéis que vengo aquí
como un león, pecaríais contra mi vida:
no, no soy tal cosa: soy un hombre como otros hombres son»;
y ahí que diga su nombre claramente
y les diga llanamente que es Snug el ebanista.

QUIN. Bien, así será. Pero hay dos cosas difíciles:
la primera, meter el claro de luna en una sala;
pues, ya sabéis, Píramo y Tisbe se encuentran a la luz de la luna.

SNUG. ¿Luce la luna la noche en que representamos?

BOT. ¡Un almanaque, un almanaque! Mirad el almanaque;
buscad el claro de luna, buscad el claro de luna.

QUIN. Sí, luce esa noche.

BOT. Pues entonces podéis dejar abierto un ventanal
de la gran sala donde actuamos,
y la luna puede entrar a través del ventanal.

QUIN. Sí; o si no, alguien ha de entrar con un haz de espinos
y un farol, y decir que viene a desfigurar,
o a presentar, la persona de Claro de Luna.

Luego hay otra cosa: necesitamos una pared en la gran sala;
pues Píramo y Tisbe, dice la historia,
hablaban a través de una grieta en una pared.

SNUG. Nunca podréis meter una pared. ¿Qué decís vos, Bottom?

BOT. Alguien ha de representar a Muro;
y que lleve sobre él algo de yeso, o barro, o revoco,
para significar el muro; y que ponga así los dedos,

y a través de esa grieta susurrarán Píramo y Tisbe.

QUIN. Si eso puede hacerse, todo va bien. Venid, sentaos, todo hijo de madre, y ensayad vuestros papeles. Píramo, empezáis vos: cuando hayáis dicho vuestra parte, entrad en ese matorral; y así todos según su pie.

Entra Robin por detrás.

PUCK. ¿Qué toscos sayales se pavonean aquí, tan cerca de la cuna de la reina de las hadas? ¡Vaya! Una función en ciernes: seré espectador; y también actor quizá, si veo ocasión.

QUIN. Hablad, Píramo. — Tisbe, adelante.

BOT. Tisbe, las flores de odioso sabor dulce...

QUIN. Oloroso, oloroso.

BOT. ...odores de sabor dulce:

así es tu aliento, mi querida Tisbe querida.

Mas ioíd, una voz! Quedaos vos aquí un momento, y enseguida volveré a aparecer ante vos.

Sale.

PUCK. ¡Un Píramo más extraño que cuantos se han visto aquí!

Sale.

FLU. ¿Tengo que hablar yo ahora?

QUIN. Sí, en verdad que sí; pues habéis de entender que él solo ha ido a ver un ruido que ha oído, y ha de volver.

FLU. Radiantísimo Píramo, de tez blanquísima como el lirio,

de color como la rosa roja en el triunfante escaramujo,
mozuelo vivísimo, y asimismo amabilísimo,
tan fiel como el más fiel caballo que nunca se cansara,
me encontraré contigo, Píramo, en la tumba de Nino.

QUIN. «La tumba de Nino», hombre. Pero eso no hay que decirlo aún;

eso es la respuesta a Píramo: estáis diciendo todo vuestro papel de

una vez, pies de verso y todo. Píramo, entrad:
vuestro pie ya ha pasado; es «nunca se cansara».

FLU. ¡Oh! — tan fiel como el más fiel caballo que nunca se cansara.

Entran Puck y Bottom con cabeza de asno.

BOT. Si fuera hermoso, Tisbe, solo sería tuyo.

QUIN. ¡Oh, monstruoso! ¡Oh, extraño! Estamos embrujados.

¡Rezad, maestros! ¡Huid, maestros! ¡Socorro!

Salen todos los cómicos.

PUCK. Os seguiré, os llevaré de acá para allá,
por ciénaga, por zarza, por matorral, por breñal:
a veces seré caballo, a veces sabueso,
cerdo, oso sin cabeza, a veces fuego fatuo;
y relincharé, y ladraré, y gruñiré, y rugir, y arderé,
como caballo, sabueso, cerdo, oso, fuego, a cada vuelta.

Sale.

BOT. ¿Por qué corren? Es una bribonada suya para asustarme.

Entra Snout.

SNO. ¡Oh, Bottom, estás cambiado! ¿Qué veo sobre ti?

Bot. ¿Qué veis? Veis una cabeza de asno de vuestra propia cosecha,

¿no es así?

Sale Snout.

Entra Peter Quince.

QUIN. ¡Dios te bendiga, Bottom! ¡Dios te bendiga! Estás transformado.

Sale.

Bot. Veo su bribonada: se trata de hacerme un asno; de asustarme, si pudieran. Mas no me moveré de este lugar, hagan lo que hagan: pasearé de acá para allá aquí y cantaré, para que oigan que no tengo miedo.

«El mirlo macho, tan negro de tono,
de pico castaño-anaranjado;
el tordo con su nota tan pura,
el chochín con su caño menudo.»

TIT. [Despertando.] ¿Qué ángel me despierta de mi florido lecho?

Bot. «El pinzón, el gorrión y la alondra,
el gris cucú de canto llano,
cuya nota muchos hombres observan
y no se atreven a responder que no;»

pues en efecto, ¿quién pondría su ingenio en tan necia ave?
¿Quién desmentiría a un pájaro aunque grite «cucú» sin parar?

TIT. Te ruego, gentil mortal, que cantes de nuevo:

mi oído está muy prendado de tu voz;
así también mi ojo está cautivado por tu figura;

y el poder de tu bella virtud me mueve,
a primera vista, a decir, a jurar, que te amo.

Bot. Señora, me parece que tenéis poco motivo para eso:
y sin embargo, a decir verdad, la razón y el amor
guardan poca compañía hoy en día.

Lástima que algún buen vecino honrado no los reconciliara.

Pues bien, puedo gastar alguna broma con ocasión.

Tit. Eres tan sabio como hermoso.

Bot. Tampoco eso, exactamente; mas si tuviese el ingenio
suficiente

para salir de este bosque, tendría el suficiente para valerme.

Tit. No desees salir de este bosque:

te quedarás aquí, quieras o no.

Soy un espíritu de condición no común;

el verano acude siempre a mi servicio;

y te amo: ve conmigo, pues;

te daré hadas para que te sirvan,

y traerán joyas para ti del fondo del mar,

y cantarán mientras duermes sobre flores aplastadas:

y purgaré tu tosquedad mortal

de modo que vayas como un espíritu del aire.

¡Flor de Guisante! ¡Telaraña! ¡Polilla! ¡Mostaza!

Entran cuatro hadas.

Flor. ¡Lista!

Tel. ¡Y yo!

Pol. ¡Y yo!

MOS. ¡Y yo!

LAS CUATRO. ¿Adónde vamos?

TIT. Sed amables y corteses con este caballero;
saltad en sus paseos y gambéticos ante sus ojos;
alimentadle con albaricoques y moras silvestres,
con uvas moradas, higos verdes y moras.

Robad las bolsas de miel a los abejorros,
y para velitas nocturnas cortad sus muslos de cera,
y encendedlos en los ojos ardientes de la luciérnaga,
para que mi amor vaya a la cama y se levante;
y arrancad las alas de las pintadas mariposas
para abanicar los rayos de luna de sus ojos dormidos:
inclinaos ante él, elvas, y hacerle reverencias.

FLO. ¡Salud, mortal!

TEL. ¡Salud!

POL. ¡Salud!

MOS. ¡Salud!

BOT. Os pido perdón de corazón, Excelencias:
os suplico el nombre de vuestra excelencia.

TEL. Telaraña.

BOT. Deseo tener más trato con vos, buen Señor Telaraña:
si me corto el dedo, me tomaré la libertad con vos.
¿Vuestro nombre, honrado caballero?

FLO. Flor de Guisante.

BOT. Os ruego que deis mis recuerdos a la Señora Vaina,

vuestra madre, y al Señor Guisante, vuestro padre.

Buen Señor Flor de Guisante, deseo también tener más trato con vos. ¿Vuestro nombre, os suplico, señor?

MOS. Mostaza.

BOT. Buen Señor Mostaza, conozco bien vuestra paciencia: ese cobarde y gigantesco buey asado ha devorado a muchos caballeros de vuestra estirpe.

Os aseguro que vuestros parientes me han hecho llorar más de una vez. Deseo más trato con vos, buen Señor Mostaza.

TIT. Venid, atendedlo; llevadlo a mi gruta.

La luna, me parece, mira con ojo acuoso; y cuando ella llora, llora cada florecilla, lamentando alguna castidad forzada.

Atad la lengua a mi amor, llevadlo en silencio.

Salen.

ESCENA SEGUNDA

[Otra parte del bosque]

Entra el Rey de las Hadas, solo.

OBE. Me pregunto si Titania habrá despertado;
y entonces, qué fue lo siguiente que vio
de lo que ha de enamorarse en extremo.

Entra Puck.

Aquí viene mi mensajero. ¿Qué hay, espíritu loco?
¿Qué reina la noche en este bosque encantado?

PUCK. Mi señora está enamorada de un monstruo.

Cerca de su secreta y sagrada gruta,
mientras dormía en su hora de torpe sueño,
una pandilla de bufones, toscos artesanos
que trabajan por el pan en los puestos de Atenas,
se habían reunido para ensayar una obra
destinada al día nupcial del gran Teseo.

El más zafio de ese yermo grupo,
el que hacía de Píramo en su función,
abandonó su escena y entró en un matorral:

cuando lo tomé en esa ventaja,
le puse en la cabeza una testa de asno:
enseguida tenía que responder su Tisbe,
y sale mi mimo. Cuando lo ven,
como los gansos salvajes que avistan al cazador arrastrándose,
o los grises grajos, muchos en bandada,
que se levantan y graznan al ruido del disparo,
se dispersan y barren el cielo enloquecidos;
así, ante su vista, sus compañeros huyen,
y con mi pisada uno cae de bruces aquí;
grita «¡Asesino!» y pide socorro a Atenas.

Con sus sentidos tan debilitados y sus miedos tan fuertes,
las cosas sin sentido empezaron a hacerles mal;
pues zarzas y espinos agarraban sus ropas;
unos pierden mangas, otros sombreros;
de los que ceden todo lo arrancan.

Yo los conduje en ese espanto enloquecido,
y dejé al dulce Píramo allí transformado;
cuando en ese instante, como vino a ser,
Titania despertó y al punto se enamoró de un asno.

OBE. Esto sale mejor de lo que yo habría tramado.

Mas ¿has untado ya los ojos del ateniense
con el jugo de amor, como te ordené?

PUCK. Lo tomé dormido —eso está acabado también—,
y la mujer ateniense estaba a su lado;

de modo que al despertar la vería de necesidad.

Entran Demetrio y Hermia.

OBE. Quédate atrás: este es el mismo ateniense.

PUCK. Esta es la mujer; mas no es ese el hombre.

DEM. Oh, ¿por qué reprendéis al que tanto os ama?

Echad tan amargo aliento sobre vuestro amargo enemigo.

HER. Ahora solo te riño; pero debería tratarte peor,
pues tú, temo, me has dado causa para maldecirte.

Si has matado a Lisandro mientras dormía,
estando ya con la sangre hasta las rodillas, sumérgete más,
y mátame a mí también.

El sol no fue tan fiel para el día
como él lo era para mí. ¿Habría él huido
de la dormida Hermia? Antes creería
que se puede horadar toda esta tierra, y que la luna
puede arrastrarse por el centro y así privar
al mediodía de su hermano en las antípodas.

Solo puede ser que lo hayas asesinado;
así ha de verse un asesino: tan muerto, tan sombrío.

DEM. Así ha de verse el asesinado, y así debería yo verse,
traspasado el corazón por vuestra dura crueldad;
y sin embargo vos, la asesina, brilláis tan clara,
como Venus allá en su esfera centelleante.

HER. ¿Qué tiene eso que ver con mi Lisandro? ¿Dónde está?

Ah, buen Demetrio, ¿quieres dármelo?

DEM. Preferiría dar su cadáver a mis perros.

HER. ¡Fuera, perro! ¡Fuera, chuchó! Me empujas más allá de los límites de la paciencia de una doncella.

¿Lo has matado entonces? ¡Que nunca más se te cuente entre los hombres!

Oh, di la verdad una vez, la verdad, aunque sea por mí;

¿te habrías atrevido a mirarlo estando despierto

y lo has matado durmiendo? ¡Oh, valiente hazaña!

¿No podría un gusano, una víbora, hacer tanto?

Una víbora lo hizo; pues con lengua más doble que la tuya, tú, serpiente, ninguna víbora ha mordido nunca.

DEM. Gastáis vuestra pasión en un arranque equivocado:

no soy culpable de la sangre de Lisandro,

ni está muerto, por cuanto yo puedo decir.

HER. Os ruego entonces que me digáis que está bien.

DEM. Y si pudiera, ¿qué ganaría yo con eso?

HER. El privilegio de no verme más.

Y de tu aborrecida presencia así me aparto;

no me veas más, esté él muerto o no.

Sale.

DEM. No hay modo de seguirla en esta vena furiosa:

aquí me quedaré un rato, pues.

Así el peso del dolor se hace más pesado

por la deuda que el sueño quebrado le debe al dolor;

deuda que ahora pagará en alguna ligera medida

si hago aquí alguna pausa para su oferta.

Se tiende.

OBE. ¿Qué has hecho? Te has equivocado por completo
y has puesto el jugo de amor en los ojos de un amante verdadero:
de tu error ha de seguirse por fuerza
que un amor verdadero se ha vuelto, y no un amor falso se ha
hecho verdadero.

PUCK. Entonces el destino lo gobierna, pues de un hombre que
guarda fe
un millón fallan, acumulando juramento sobre juramento.

OBE. Ve por el bosque más rápido que el viento,
y busca a Helena de Atenas:
está toda enferma de amor, y pálida de semblante
por los suspiros de amor que cuestan caro a la sangre fresca.
Con alguna ilusión tráela aquí:
yo encantar sus ojos en espera de que ella llegue.

PUCK. Voy, voy; mira cómo voy;
más veloz que flecha del arco tártaro.

Sale.

OBE. Flor de este tinte morado,
herida por el arco de Cupido,
húndete en la niña de su ojo.
Cuando vea a su amor,
que brille para él tan gloriosamente
como la Venus del cielo.
Al despertar, si ella está cerca,
pídele remedio.

Entra Puck.

PUCK. Capitán de nuestra banda de hadas,
Helena está aquí a mano,
y el joven, confundido por mí,
rogándole su recompensa de amante.

¿Veremos su necio cortejo?

¡Señor, qué tontos son estos mortales!

OBE. Aparte: el ruido que hacen
hará despertar a Demetrio.

PUCK. Entonces los dos cortejará a la vez a una;
eso ha de ser espectáculo sin par;
y las cosas que más me agradan
son las que ocurren al revés.

Entran Lisandro y Helena.

LIS. ¿Por qué habéis de pensar que cortejo en burla?
El desdén y la mofa nunca vienen con lágrimas:
mirad, cuando juro, lloro; y los votos así nacidos,
en su mismo nacimiento toda verdad aparece.

¿Cómo pueden pareceros estas cosas en mí mofa,
llevando la divisa de la fe para probarlas verdaderas?

HEL. Cada vez adelantáis más vuestra astucia.

¡Cuando la verdad mata la verdad, diabólica santa lucha!
Esos votos son de Hermia: ¿la abandonáis?
Pesad un voto contra otro y no pesaréis nada:
vuestros votos, a ella y a mí, puestos en dos platillos,

pesarán lo mismo, y ambos tan ligeros como cuentos.

LIS. No tenía juicio cuando a ella juré.

HEL. Ni tampoco lo tenéis, a mi parecer, ahora que la abandonáis.

LIS. Demetrio la ama, y él no os ama a vos.

DEM. [Despertando.] ¡Oh, Helena! ¡Diosa, ninfa, perfecta, divina!

¿A qué, amor mío, compararé tus ojos?

El cristal es turbio. ¡Oh, cuán maduros en apariencia
tus labios, esas cerezas que se besan, crecen tentadores;

esta pura blancura cuajada, la nieve del alto Tauro,
abanicada por el viento del oriente, se vuelve cuervo
cuando alzas tu mano. Oh, déjame besar

esta princesa de pura blancura, este sello de dicha!

HEL. ¡Oh, maldad! ¡Oh, infierno! Veo que todos estáis resueltos
a poner os contra mí para burlaros:

si fuerais corteses y conocierais la cortesía,
no me haríais tanto daño.

¿No podéis odiarme, como sé que hacéis,
sin uniros también en alma para burlaros de mí?

Si fuerais hombres, como en apariencia lo sois,
no trataríais así a una gentil dama;
jurando y prometiendo y exagerando mis gracias,
cuando estoy segura de que me odiáis de corazón.

Los dos sois rivales y amáis a Hermia,
y ahora los dos sois rivales para mofarse de Helena:
inoble hazaña, varonil empresa,

evocar lágrimas en los ojos de una pobre doncella
con vuestra mofa! Nadie de noble condición
ofendería así a una virgen y arrancaría
la paciencia de una pobre alma, todo para haceros reír.

LIS. Sois injusto, Demetrio; no lo seáis;
pues vos amáis a Hermia; eso lo sabéis, sé que lo sabéis:
y aquí, con toda buena voluntad, con todo mi corazón,
os cedo mi parte en el amor de Hermia:
y la vuestra en Helena a mí legádmela,
a quien amo y amaré hasta mi muerte.

HEL. Nunca gastaron más vano aliento los burladores.

DEM. Lisandro, guarda a tu Hermia; yo no la quiero:
si alguna vez la amé, todo ese amor ha desaparecido.
Mi corazón habitó junto a ella solo como huésped,
y ahora ha vuelto a Helena como a su hogar,
allí para quedarse.

LIS. Helena, no es así.

DEM. No denigréis la fe que no conocéis,
no sea que lo paguéis caro a vuestro riesgo.
¡Mirad! Vuestro amor viene: allá está vuestra querida.
Entra Hermia.

HER. La noche oscura, que priva al ojo de su función,
hace al oído más rápido en la comprensión;
donde daña el sentido de la vista,
paga con doble recompensa el oído.

No por mi ojo fuiste hallado, Lisandro;
mi oído, gracias le doy, me condujo a tu sonido.

Mas ¿por qué me dejaste tan rudamente?

LIS. ¿Por qué ha de quedarse el que el amor apremia a partir?

HER. ¿Qué amor pudo apartar a Lisandro de mi lado?

LIS. El amor de Lisandro, que no le dejaba quedar,
la bella Helena, que más dora la noche
que todos esos orbes de fuego y ojos de luz.

¿Por qué me buscas? ¿No podía eso hacerte saber
que el odio que te profeso me hizo dejarte así?

HER. No habláis como pensáis: no puede ser.

HEL. ¡Vaya! Es una más de esta conjura.

Ahora veo que los tres se han puesto de acuerdo
para urdir esta falsa burla en mi despecho.

¡Injuriosa Hermia! ¡Doncella ingratisima!

¿Os habéis conspirado, habéis urdido con estos
hostigarme con esta vil mofa?

¿Se ha olvidado todo el secreto que las dos hemos compartido,
los votos de hermanas, las horas que hemos pasado
cuando regañábamos al tiempo que corría aprisa
por separarnos? ¡Oh! ¿Se ha olvidado todo?

¿Toda la amistad de los días de escuela, la inocencia de la
infancia?

Nosotras, Hermia, como dos diosas artesanas,
hemos bordado con nuestras agujas la misma flor,
las dos en un mismo bastidor, sentadas en un mismo cojín,

las dos tarareando la misma canción, las dos en la misma tonada,
como si nuestras manos, nuestros flancos, voces y mentes
hubieran sido un todo. Así crecimos juntas,
como una doble cereza, que parece separada
pero es una unión en la partición;
dos hermosas bayas moldeadas en un solo tallo;
así, con dos cuerpos aparentes, pero un solo corazón;
dos del primero, como blasones en heráldica
debidos a uno solo y coronados con una sola cimera.
¿Y queréis desgarrar nuestro antiguo amor
para uniros a los hombres en escarnecer a vuestra pobre amiga?
No es propio de amigas, no es propio de doncellas:
nuestro sexo, tanto como yo, puede reprochárselo,
aunque solo yo sienta el daño.

HER. Estoy estupefacta ante vuestras apasionadas palabras.

Yo no os escarnezo: parece que sois vos quien me escarneced.

HEL. ¿No habéis puesto a Lisandro a seguirme en burla
y a alabar mis ojos y mi rostro,
y habéis hecho a vuestro otro amor, Demetrio,
—que hace un momento me rechazó con el pie—
llamarme diosa, ninfa, divina y rara,
preciosa, celestial? ¿Por qué le habla así
a la que odia? ¿Y por qué Lisandro
niega vuestro amor, tan rico en su alma,
y me ofrece a mí, en definitiva, afecto,

sino por vuestra instigación, por vuestro consentimiento?

Aunque no esté tan en gracia como vos,
tan cargada de amor, tan afortunada,
sino la más desdichada, por amar sin ser amada,
esto deberíais compadecerlo antes que despreciarlo.

HER. No entiendo lo que queréis decir con esto.

HEL. Sí, seguid, perseverad, fingid semblantes tristes,
hacedme muecas cuando me vuelvo;
guiñaos entre vosotros; sostened el dulce juego:
esta burla, bien llevada, quedará en los anales.
Si tenéis algo de piedad, gracia o modales,
no me haríais tal objeto.

Mas idos con Dios: en parte es culpa mía,
que la muerte o la ausencia pronto remediarán.

LIS. ¡Detente, gentil Helena! Oye mi excusa:
mi amor, mi vida, mi alma, la bella Helena!

HEL. ¡Oh, excelente!

HER. Dulce, no la escarnezca así.

DEM. Si ella no puede suplicar, yo puedo obligar.

LIS. Vos no podéis obligar más que ella suplicar:
vuestras amenazas no tienen más fuerza que sus débiles ruegos.

Helena, te amo; por mi vida, te amo:

juro por lo que perderé por ti

probar que miente el que dice que no te amo.

DEM. Yo digo que te amo más de lo que él puede.

LIS. Si lo dices, retírate y pruébalo también.

DEM. ¡Rápido, ven!

HER. Lisandro, ¿a qué lleva todo esto?

LIS. ¡Apártate, etíope!

DEM. No, no, él va a...

Fingir que se suelta; jactarse como si fuera a seguir,
y sin embargo no venir: eres un hombre manso, ¡vete!

LIS. [A Hermia.] ¡Suéltame, gata, abrojo! ¡Cosa vil, suelta,
o te sacudiré de mí como a una serpiente!

HER. ¿Por qué te has vuelto tan rudo? ¿Qué cambio es este?
Amor dulce...

LIS. ¡Tu amor! ¡Fuera, tártara morena, fuera!
¡Fuera, medicina aborrecida! ¡Filtro odioso, fuera!

HER. ¿No bromeáis?

HEL. Sí, a fe; y vos también.

LIS. Demetrio, mantendré mi palabra contigo.

DEM. Querría tener vuestra fianza, pues veo
que un vínculo débil os retiene: no fiaré en vuestra palabra.

LIS. ¿Qué? ¿Debería hacerle daño, golpearla, matarla?
Aunque la aborrezco, no la trataré así.

HER. ¿Qué? ¿Puedes hacerme mayor daño que odiarme?
¡Odiarme! ¿Por qué? ¡Ay de mí! ¿Qué nueva es esta, amor mío?
¿No soy yo Hermia? ¿No eres tú Lisandro?
Soy tan hermosa ahora como antes.

Esta noche me amabas; y esta noche me abandonaste:

entonces me dejaste — ¡oh, que los dioses lo impidan! —
¿de veras, diré?

LIS. Sí, por mi vida;
y nunca desee verte más.

Así que desespera de toda esperanza, toda pregunta, toda duda;
ten la certeza, nada más verdadero: no es broma,
que te aborrezco y amo a Helena.

HER. ¡Ay de mí! ¡Embaucador! ¡Gusano de flor!
¡Ladrón de amor! ¿Qué? ¿Has venido de noche
a robar el corazón de mi amor?

HEL. ¡Muy bien, a fe!
¿No tenéis modestia, no tenéis vergüenza de doncella,
ningún asomo de timidez? ¿Qué? ¿Queréis arrancar
respuestas impacientes de mi mansa lengua?
¡Vergüenza, vergüenza! ¡Comedianta, marioneta vos!

HER. ¿Marioneta? ¿Con que así? Ya veo por dónde va el juego.
Ahora percibo que ha hecho comparación
entre nuestras estaturas: ha invocado su altura;
y con su figura, su alta figura,
su altura, ciertamente, ha prevalecido con él.
¿Y estáis tan alta en su estima
porque yo soy tan pequeña y tan baja?
¿Cuán baja soy, pintada cucaña? Hablad;
¿Cuán baja soy? Todavía no soy tan baja
que mis uñas no puedan alcanzar tus ojos.

HEL. Os ruego, aunque os burléis de mí, caballeros,
no dejéis que me lastime: nunca fui violenta;
no tengo ningún don para las disputas;
soy una doncella cabal en cobardía:
no la dejéis golpearme. Quizá penséis,
porque es algo más baja que yo,
que puedo hacerle frente.

HER. «¡Baja!» Escuchad, otra vez.

HEL. Buena Hermia, no seáis tan cruel conmigo.
Siempre os amé, Hermia,
guardé siempre vuestros secretos, nunca os hice mal;
salvo que, por amor a Demetrio,
le conté vuestra escapada a este bosque.
Él os siguió; por amor le seguí yo;
mas él me ha echado de aquí y me ha amenazado
con golpearme, pisarme, hasta matarme:
y ahora, si me dejáis marchar tranquila,
volveré a Atenas con mi locura,
y no os seguiré más: dejadme ir.
Ya veis cuán simple y necia soy.

HER. Pues idos. ¿Quién os lo impide?

HEL. Un corazón necio, que dejo aquí atrás.

HER. ¿Qué? ¿Con Lisandro?

HEL. Con Demetrio.

LIS. No tengáis miedo: ella no os hará daño, Helena.

DEM. No, señor; no lo hará, aunque toméis su partido.

HEL. Oh, cuando se enfada, es aguda y mordaz.

Era una zorra cuando iba a la escuela;
y aunque sea pequeña, es feroz.

HER. «¡Pequeña!» ¡Otra vez! ¡Nada más que «baja» y «pequeña»!
¿Por qué consentís que me insulte así?

Dejadme ir a ella.

LIS. ¡Idos, enano!

¡Mínima criatura, hecha de cizaña entorpecedora!

¡Cuenta, bellota!

DEM. Sois demasiado entrometido
en nombre de quien desdeña vuestros servicios.

Dejadla; no habléis de Helena;
no toméis su partido, pues si pretendéis
mostrar el menor signo de amor hacia ella,
lo pagaréis caro.

LIS. Ahora ya no me retiene;
sígueme ahora, si te atreves, para probar cuál derecho es mayor,
el tuyo o el mío, sobre Helena.

DEM. ¡Síguete! No, iré contigo, codo con codo.

Salen Lisandro y Demetrio.

HER. Vos, señora, todo este alboroto es por vuestra culpa:
no os vayáis.

HEL. No me fío de vos, yo no,
ni me quedaré más en vuestra maldita compañía.

Vuestras manos son más rápidas que las mías para la pelea,
mas mis piernas son más largas, por suerte, para huir.

Sale.

HER. Estoy estupefacta y no sé qué decir.

Sale.

OBE. Esta es tu negligencia: sigues equivocándote,
o cometes tus bribonadas adrede.

PUCK. Creedme, rey de las sombras, me equivoqué.

¿No me dijisteis que reconocería al hombre
por los ropajes atenienses que llevaba?

Y en esa medida queda sin culpa mi empresa:

que he ungido los ojos de un ateniense;

y en esa misma medida me alegra que así resultara,
pues su riña la estimo un espectáculo.

OBE. Ves que estos amantes buscan un lugar para pelear:

corre, pues, Robin, y cubre la noche;

cubre enseguida el cielo estrellado

con niebla cayente, negra como el Aqueronte;

y extravía a estos irascibles rivales

de modo que el uno no llegue al alcance del otro.

Imita a veces la lengua de Lisandro,

luego provoca a Demetrio con amargo insulto;

y a veces recrimina como Demetrio;

y así apártalos el uno del otro,

hasta que sobre sus frentes el sueño que contraface la muerte

arrastre sus pesadas piernas y sus alas de murciélago:
entonces machaca esta hierba en el ojo de Lisandro;
cuyo licor tiene esta virtuosa propiedad,
de quitarle de allí todo error con su poder
y hacer que sus ojos rueden con su acostumbrada vista.

Cuando despierten, todo este escarnio
les parecerá un sueño y visión vana;
y los amantes volverán a Atenas
con una alianza que no tendrá fin hasta la muerte.

Mientras en este asunto te empleo,
iré a mi reina y le pediré el niño indio;
y entonces liberaré su ojo encantado
de la vista del monstruo, y todo será paz.

PUCK. Mi señor de las hadas, esto ha de hacerse de prisa,
pues los veloces dragones de la noche cortan las nubes muy
aprisa,

y allá luce el heraldo de la Aurora;
a cuya llegada, los fantasmas que vagan por aquí y por allá
se van en tropel a los cementerios: todos los espíritus
condenados,

los que en encrucijadas y en aguas fueron sepultados,
ya se han ido a sus lechos de gusanos;
por miedo a que el día ponga sus vergüenzas a la vista,
voluntariamente se destierran de la luz
y han de acompañar por siempre a la noche de negras cejas.

OBE. Mas nosotros somos espíritus de otro linaje.

Yo con el amor de la mañana he jugado a menudo;
y, como un guardabosques, puedo recorrer las arboledas
hasta que la puerta del oriente, toda de fuego rojo,
que se abre sobre Neptuno con sus dichosos rayos benditos,
convierte en oro amarillo sus verdes corrientes saladas.

Mas no obstante, daos prisa; no os demoréis:
podemos concluir este asunto antes del día.

Sale Oberón.

PUCK. Arriba y abajo, arriba y abajo;
los llevaré arriba y abajo:
soy temido en campo y en villa;
Duende, llévalos arriba y abajo.

Aquí viene uno.

Entra Lisandro.

LIS. ¿Dónde estás, orgulloso Demetrio? Habla ahora.

PUCK. ¡Aquí, villano! ¡Con espada desenvainada y dispuesto!
¿Dónde estás tú?

LIS. Estaré contigo enseguida.

PUCK. Sígueme, pues,
hacia terreno más llano.

Sale Lisandro siguiendo la voz.

Entra Demetrio.

DEM. ¡Lisandro! Habla otra vez.

¡Fugitivo, cobarde, has huido?

¡Habla! ¿En algún matorral? ¿Dónde escondes la cabeza?

PUCK. ¡Cobarde! ¿Estás alardeando a las estrellas,

diciéndole a los matorrales que buscas guerra,
y no quieres venir? ¡Ven, renegado; ven, mocososo;
te pegaré con una vara: se deshonorra
quien desenvaina la espada contra ti!

DEM. ¡Sí, estás ahí?

PUCK. Sigue mi voz: no probamos aquí la hombría.

Salen.

Entra Lisandro.

LIS. Va delante de mí y siempre me desafía:
cuando llego donde llama, ya se ha ido.

El villano tiene pies mucho más ligeros que yo:
le seguí deprisa, mas él huyó aún más deprisa;
de modo que he caído en un camino oscuro y desigual,
y aquí descansaré. ¡Ven, gentil día!

Pues si una sola vez me muestras tu luz gris,
encontraré a Demetrio y vengaré este agravio.

Duerme.

Entran Robin y Demetrio.

PUCK. ¡Hola! ¡Hola! ¡Cobarde, por qué no vienes?

DEM. Espérame, si te atreves; pues bien sé
que corres delante de mí, cambiando de lugar a cada momento,
y no te atreves a plantarte ni a mirarme a la cara.

¿Dónde estás ahora?

PUCK. Ven aquí: estoy aquí.

DEM. No, pues me burlas. Pagarás esto caro

si alguna vez veo tu cara a la luz del día:
ahora, vete por tu camino. El cansancio me obliga
a medir mi cuerpo en este frío lecho:
cuando llegue el día, espera que te visite.
Se tiende y duerme.

Entra Helena.

HEL. ¡Oh, noche cansada! ¡Oh, noche larga y tediosa,
acorta tus horas! ¡Brillad, consuelos, desde el oriente!
Para que pueda volver a Atenas con la luz del día,
lejos de estos que detestan mi pobre compañía:
y el sueño, que a veces cierra el ojo del dolor,
apárteme un rato de mi propia compañía.

Duerme.

PUCK. ¿Aún solo tres? Que venga uno más;
dos de cada clase forman cuatro.

Aquí viene, irritada y triste:

Cupido es un mozo bribón
para volver así locas a las pobres hembras.

Entra Hermia.

HER. Nunca tan cansada, nunca tan en desgracia,
empapada de rocío y desgarrada por las zarzas,
no puedo arrastrarme más, no puedo ir más lejos;
mis pies no pueden seguir el paso a mis deseos.

Aquí descansaré hasta el romper del día.

¡Que los cielos amporen a Lisandro si tienen pensada una pelea!

Se tiende y duerme.

PUCK. En el suelo

dormid tranquilos:

voy a aplicar

a tus ojos,

gentil amante, remedio.

Exprime el jugo sobre los ojos de Lisandro.

Al despertar,

tomarás

verdadera alegría

en la vista

de los ojos de tu antigua dama:

y el conocido proverbio del campo,

que cada hombre debe tomar lo que es suyo,

al despertar quedará demostrado:

Juan tendrá a su Juana;

nada irá mal;

el hombre recobrará su yegua,

y todo irá bien.

Sale Puck. Duermen todos durante el entreacto.

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

[El mismo lugar]

Entran la Reina de las Hadas, Bottom y las Hadas; y el Rey, detrás, sin ser visto.

TIT. Ven, siéntate en este lecho florido,
mientras yo acaricio tus amables mejillas,
y pongo rosas almizcleñas en tu suave y tersa cabeza,
y beso tus hermosas orejas grandes, alegría mía.

BOT. ¿Dónde está Flor de Guisante?

FLOR. Lista.

BOT. Ráscarme la cabeza, Flor de Guisante.

¿Dónde está el Señor Telaraña?

TEL. Listo.

BOT. Señor Telaraña, buen señor, coged vuestras armas
y matadme un abejorro de ancas rojas

en lo alto de un cardo; y, buen señor,
traedme la bolsa de miel. No os fatigaréis demasiado
en la empresa, señor; y, buen señor, cuidado
de que la bolsa de miel no reviente;
no quisiera que quedarais anegado en miel, señor.
¿Dónde está el Señor Mostaza?

MOS. Listo.

BOT. Dadme vuestra manaza, Señor Mostaza.

Os ruego que os ahorréis reverencias, buen señor.

MOS. ¿Qué deseáis?

BOT. Nada, buen señor, salvo ayudar al Caballero Telaraña
a rascar. He de ir al barbero, señor,
pues me parece que tengo la cara maravillosamente peluda;
y soy un asno tan delicado, que con solo que el pelo me haga
cosquillas,
me tengo que rascar.

TIT. ¿Quieres oír algo de música, mi dulce amor?

BOT. Tengo bastante buen oído para la música:
que toquen las tenazas y los huesos.

TIT. O dime, amor dulce, qué deseas comer.

BOT. A decir verdad, un buen cuartillo de forraje: bien podría
masticar vuestra buena avena seca. Me parece que tengo
grandes ganas de un haz de heno: el buen heno, el dulce heno,
no tiene igual.

TIT. Tengo un hada audaz que buscará
el tesoro de la ardilla y te traerá nueces frescas.

Bot. Preferiría un par de puñados de guisantes secos.
Mas os ruego que ninguno de los vuestros me despierte:
me está entrando una disposición al sueño.

TIT. Duerme, que yo te rodearé con mis brazos.

Hadas, idos, marchaos por todos lados.

Salen las Hadas.

Así enlaza suavemente la campanilla al dulce jazmín;
así la hiedra hembra
ciñe los dedos ásperos del olmo.

¡Oh! ¡Cuánto te amo; cuánto te adoro!

Duermen.

Entra Robin el Bueno.

OBE. [Avanzando.] Bienvenido, buen Robin.

¿Ves esta dulce visión?

Su idolatría empieza ahora a causarme lástima:
pues, encontrándola hace poco detrás del bosque
buscando dulces flores para este odioso necio,
la reprendí y reñí con ella;
pues ella había ceñido sus peludas sienes
con una corona de flores frescas y fragantes;
y aquel mismo rocío que a veces sobre los capullos
solía hincharse como perlas redondas y orientales,
estaba ahora dentro de los ojitos de las florecillas
como lágrimas que lloraban su propia deshonra.
Cuando la hube burlado a mi placer

y ella en términos mansos me rogó paciencia,
le pedí entonces el niño cambiado;
que me dio enseguida, y envió a un hada
a llevarlo a mi gruta en el reino de las hadas.
Y ahora que tengo al niño, desharé
esta odiosa imperfección de sus ojos:
y tú, gentil Puck, quita esta cabeza transformada
de encima de la cabeza de este mancebo ateniense,
para que, al despertar él cuando despiertan los demás,
puedan todos volver a Atenas
y no pensar más en los accidentes de esta noche
sino como en el irritante tumulto de un sueño.
Mas primero liberaré a la reina de las hadas.
Toca sus ojos con una hierba.
Sé como eras;
ve como veías:
el brote de Diana sobre la flor de Cupido
tiene tal fuerza y poder bendito.
Ahora, Titania mía; despierta, reina mía dulce.
TIT. ¡Mi Oberón! ¡Qué visiones he tenido!
Me pareció que estaba enamorada de un asno.
OBE. Ahí está tu amor.
TIT. ¿Cómo han llegado estas cosas a ser?
¡Oh! ¡Cuánto aborrecen mis ojos ahora su semblante!
OBE. Silencio por un momento.

Robin, quítale esa cabeza.

Titania, llama a la música; y haz que el sentido de estos cinco sea más profundamente adormecido que el sueño común.

TIT. ¡Música, hola! ¡Música! La que encanta el sueño. Música queda.

PUCK. Al despertar, mira con tus propios ojos de necio.

OBE. ¡Suenan, música! Ven, reina mía, dame la mano, y mece la tierra donde estos durmientes yacen.

Ahora tú y yo somos de nuevo amigos
y mañana a medianoche bailaremos solemnemente
en la casa del Duque Teseo en triunfo,
y la bendeciremos con toda justa prosperidad.

Allí las parejas de amantes fieles
se desposarán, junto con Teseo, todos con regocijo.

PUCK. Rey de las hadas, atiende y escucha:
oigo a la alondra del amanecer.

OBE. Entonces, reina mía, en solemne silencio,
marchemos tras la sombra de la noche;
podemos rodear el globo enseguida,
más veloces que la errante luna.

TIT. Ven, señor mío; y en nuestro vuelo
cuéntame cómo ocurrió esta noche
que me encontraron durmiendo aquí
con estos mortales en el suelo.

Los durmientes siguen inmóviles. Salen las Hadas. Suenan trompas de caza.

Entran Teseo, Hipólita, Egeo y su séquito.

TES. Id, uno de vosotros, a buscar al guardabosque; pues ya hemos cumplido nuestra observancia de mayo, y como tenemos la parte más temprana del día, mi amor oirá la música de mis lebreles.

Desatadlos en el valle de poniente; que partan: daos prisa, digo, y encontrad al guardabosque.

Subiremos, bella reina, a la cima del monte y observaremos la confusión musical de los perros y el eco juntos.

HIP. Estuve una vez con Hércules y Cadmo cuando en un bosque de Creta acorralaron al oso con lebreles de Esparta: nunca oí tan gallardo clamor; pues, además de las arboledas, los cielos, las fuentes, cada región cercana parecía un solo grito conjunto. Nunca oí tan musical discordia, tan dulce trueno.

TES. Mis lebreles son de raza espartana, de amplios belfos, de color arena; y sus cabezas están adornadas de orejas que barren el rocío matinal; de rodillas curvas y papadas como toros tesalios; lentos en la persecución, pero con voces acompasadas como campanas,

cada una bajo la otra. Nunca se oyó

jauría más melodiosa, ni se animó con cuerno,
en Creta, en Esparta ni en Tesalia:
juzgad cuando oigáis. Mas, ¡alto! ¿Qué ninfas son estas?

EGE. Señor, esta es mi hija aquí dormida;
y este, Lisandro; este es Demetrio;
esta, Helena, la Helena del viejo Nedar:
me maravilla que estén aquí juntos.

TES. Sin duda se levantaron temprano para observar
el rito de mayo, y al oír nuestra intención,
vinieron aquí para honrar nuestra festividad.

Pero decid, Egeo, ¿no es hoy el día
en que Hermia debe dar respuesta de su elección?

EGE. Lo es, señor.

TES. Id, decid a los cazadores que los despierten con sus trompas.

Suenan trompas; ellos despiertan. Voces dentro. Todos se
levantan de un salto.

Buenos días, amigos. Ya pasó San Valentín:
¿empiezan ahora estos pájaros del bosque a aparearse?

LIS. Perdonad, señor.

TES. Os ruego que os levantéis todos.

Sé que vosotros dos sois rivales y enemigos:
¿cómo se da esta suave concordia en el mundo,
que el odio está tan lejos de la sospecha
que duerme junto al que odia, sin temor a enemistad?

LIS. Señor, responderé con asombro,
medio dormido, medio despierto: mas todavía, lo juro,

no puedo decir con certeza cómo llegué aquí;
pero, según creo — pues con verdad quisiera hablar,
y ahora que lo pienso, así es —,
vine aquí con Hermia: nuestra intención
era alejarnos de Atenas, donde pudiéramos,
sin el peligro de la ley ateniense...

EGE. Basta, basta, señor; tenéis bastante:
reclamo la ley, la ley, contra él.

Querían escaparse; sí, Demetrio,
con lo que habrían frustrado a ti y a mí;
a ti de tu esposa, y a mí de mi consentimiento,
de mi consentimiento a que ella fuera tu esposa.

DEM. Señor, la bella Helena me contó su escapada,
su propósito de venir aquí, a este bosque;
y yo los seguí hasta aquí furioso,
siguiéndome la bella Helena por amor.

Mas, mi buen señor, no sé por qué poder,
—mas por algún poder ha sido—, mi amor a Hermia,
fundido como la nieve, me parece ahora
como el recuerdo de una baratija en la que
me embelesé en la infancia;
y toda la fe, la virtud de mi corazón,
el objeto y el deleite de mi ojo,
es solo Helena. A ella, señor,
estaba prometido antes de ver a Hermia;

mas, como una enfermedad, aborrecí ese sustento;
pero, como en la salud, vuelto a mi gusto natural,
ahora lo deseo, lo amo, lo ansío,
y seré fiel a ello para siempre.

TES. Bellos amantes, afortunado es vuestro encuentro:
de este discurso oiremos más luego.

Egeo, voy a sobrepasar vuestra voluntad,
pues en el templo, enseguida, con nosotros,
estas parejas quedarán eternamente unidas:
y como la mañana ya está algo avanzada,
nuestra proyectada cacería quedará a un lado.

Marchemos a Atenas: de tres en tres,
celebraremos un festín con gran solemnidad.

Ven, Hipólita.

Sale el Duque con Hipólita y los señores.

DEM. Estas cosas me parecen pequeñas e indistintas,
como montañas lejanas convertidas en nubes.

HER. Me parece que veo estas cosas con ojo dividido,
cuando todo parece doble.

HEL. A mí también me parece:

y he encontrado a Demetrio, como una joya,
mía propia y no mía propia.

DEM. ¿Estáis seguros
de que estamos despiertos? Me parece
que aún dormimos, que soñamos.

¿No creéis que el duque estaba aquí y nos mandó seguirle?

HER. Sí: y mi padre.

HEL. Y también Hipólita.

LIS. Y él nos mandó seguirle al templo.

DEM. Entonces estamos despiertos. Sigámosle;
y por el camino contémonos nuestros sueños.

Salen los amantes.

Despierta Bottom.

BOT. Cuando llegue mi pie de verso, llamadme,
y responderé: el siguiente es 'Radiantísimo Píramo'.

¡Ejem! ¡Peter Quince! ¡Flute, el reparador de fuelles!

¡Snout, el hojalatero! ¡Starveling!

¡Válgame Dios! ¡Se han escapado y me han dejado dormido!

He tenido una visión rarísima. He tenido un sueño

que está más allá del ingenio del hombre para decir qué sueño
era:

el hombre no es más que un asno si se pone a exponer este
sueño.

Me pareció que era — no hay hombre que pueda decir qué.

Me pareció que era, — y me pareció que tenía —,

mas el hombre no es más que un bufón remendado

si se atreve a decir qué me pareció que tenía.

El ojo del hombre no ha oído, el oído del hombre no ha visto,

la mano del hombre no es capaz de gustar,

su lengua de concebir, ni su corazón de referir

lo que fue mi sueño. Haré que Peter Quince escriba

una balada sobre este sueño: se llamará
«El Sueño de Bottom», porque no tiene fondo;
y la cantaré en la parte final de la obra,
ante el duque: quizá, para hacerla más agradable,
la cantaré en su muerte.
Sale.

ESCENA SEGUNDA

[Una habitación en la casa de Quince]

Entran Quince, Flute, Snout y Starveling.

QUIN. ¿Habéis mandado a casa de Bottom? ¿Ha vuelto ya?

STAR. No se sabe nada de él. Sin duda alguna ha sido transformado.

FLU. Si no viene, la obra está echada a perder:
no sigue adelante, ¿verdad?

QUIN. Es imposible: no hay un hombre en toda Atenas capaz de hacer de Píramo salvo él.

FLU. No; tiene simplemente el mejor ingenio de cualquier artesano de Atenas.

QUIN. Sí, y la mejor figura también; y es un verdadero dechado para una voz dulce.

FLU. Debéis decir «parangón»: un paramour es, ¡Dios nos guarde!, una cosa de mal vivir.

Entra Snug el Ebanista.

SNUG. Maestros, el duque viene del templo,
y hay dos o tres señores y damas más casados:

si nuestro espectáculo hubiera salido adelante,
nos habríamos hecho todos.

FLU. ¡Oh, dulce y valiente Bottom! Así ha perdido
seis peniques diarios durante toda su vida;
no podría habérselo ahorrado: si el duque no le hubiese dado
seis peniques diarios por hacer de Píramo,
que me cuelguen; lo habría merecido:
seis peniques diarios en Píramo, o nada.

Entra Bottom.

BOT. ¿Dónde están estos mozos? ¿Dónde están estos corazones?

QUIN. ¡Bottom! ¡Oh, valeroso día! ¡Oh, dichosísima hora!

BOT. Maestros, he de contaros maravillas: mas no me preguntéis
qué;

pues si os lo digo, no soy un verdadero ateniense.

Os contaré todo, tal como ocurrió.

QUIN. Contadnos, dulce Bottom.

BOT. Ni una palabra de mí. Todo lo que os diré
es que el duque ha comido. Coged vuestros trajes,
buenas cintas a las barbas, cintas nuevas a los zapatos;
reuníos enseguida en palacio;
que cada uno repase su papel;
porque, en definitiva, nuestra obra ha sido aceptada.
En todo caso, que Tisbe lleve ropa limpia;
y que el que hace el león no se corte las uñas,
pues han de sobresalir como garras de león.

Y, muy queridos actores, no comáis cebollas ni ajo,

pues hemos de pronunciar aliento dulce,
y no dudo de que los oiremos decir que es una dulce comedia.
Ni una palabra más: ¡marchaos! ¡venga! ¡fuera!
Salen.

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

[El palacio de Teseo]

Entran Teseo, Hipólita, Filóstrato y señores.

HIP. Es extraño, Teseo mío, lo que cuentan estos amantes.

TES. Más extraño que verdadero. Nunca podré creer estas fábulas antiguas ni estos cuentos de hadas.

Los amantes y los locos tienen tan hirvientes cerebros,
tan plasmadoras fantasías, que perciben
más de lo que la razón fría llega a comprender.

El lunático, el amante y el poeta
son todos de imaginación compuestos:

uno ve más demonios de los que el vasto infierno puede albergar

ese es el loco; el amante, no menos frenético,
ve la belleza de Helena en la frente de una gitana:

el ojo del poeta, en un fino frenesí rodando,
lanza miradas del cielo a la tierra, de la tierra al cielo;
y, así como la imaginación da cuerpo
a las formas de las cosas desconocidas, la pluma del poeta
las convierte en figuras y da a la nada etérea
una morada local y un nombre.

Tales trucos tiene la poderosa imaginación,
que si llega a percibir alguna alegría,
comprende algún portador de esa alegría;
o en la noche, imaginando algún miedo,
¡qué fácil es que un arbusto se suponga un oso!

HIP. Mas toda la historia de la noche, contada de punta a punta,
y todas sus mentes transfiguradas así en conjunto,
da más testimonio que las imágenes de la fantasía,
y crece en algo de gran consistencia,
aunque, sea como sea, extraño y admirable.

Entran los amantes: Lisandro, Demetrio, Hermia y Helena.

TES. Aquí vienen los amantes, llenos de gozo y alegría.

¡Alegría, gentiles amigos! ¡Alegría, y días frescos de amor
acompañen vuestros corazones!

LIS. ¡Más que a nosotros

os aguarden en vuestros reales paseos, vuestra mesa, vuestro
lecho!

TES. Vamos; ¿qué mascaradas, qué danzas tendremos
para gastar este largo período de tres horas
entre nuestra sobremesa y la hora de acostarnos?

¿Dónde está nuestro habitual director de festejos?
¿Qué diversiones hay en curso? ¿No hay ninguna obra
que calme la angustia de una hora torturante?

Llamad a Filóstrato.

FIL. Aquí, poderoso Teseo.

TES. Di: ¿qué entretenimiento tenéis para esta noche?
¿Qué mascarada? ¿Qué música? ¿Cómo engañaremos
al tiempo perezoso, si no es con algún deleite?

FIL. Aquí hay una lista de cuántos espectáculos están listos;
elegid cuál deseáis ver primero Vuestra Alteza.

Da un papel.

TES. «La batalla con los Centauros, cantada
por un eunuco ateniense al arpa.»

Eso no: ese lo he contado a mi amor,
en gloria de mi pariente Hércules.

«El tumulto de las ebrias Bacantes
desgarrando al cantor tracio en su furor.»

Ese es un recurso viejo; ya se representó
cuando yo volví la última vez de Tebas como vencedor.

«Las tres veces tres Musas llorando la muerte
del Saber, recientemente fallecido en la indigencia.»

Esa es una sátira aguda y mordaz,
que no conviene a una ceremonia nupcial.

«Una tediosamente breve escena del joven Píramo
y de su amor Tisbe; muy trágica alegría.»

¡Alegre y trágica! ¡Tediosa y breve!

Esto es hielo ardiente y nieve extrañamente maravillosa.

¿Cómo encontraremos la concordia de esta discordia?

FIL. Hay una obra, señor, de unas diez palabras de longitud, que es tan breve como yo haya conocido obra alguna;

mas, señor, con diez palabras es demasiado larga,

lo que la hace tediosa; pues en toda la obra

no hay una sola palabra apta, ni un solo actor adecuado.

Y trágica, mi noble señor, lo es;

pues Píramo en ella se mata.

Lo que, cuando lo vi ensayar, debo confesar,

me hizo llorar; mas más alegres lágrimas

nunca derramó la pasión de una carcajada.

TES. ¿Quiénes son los que lo representan?

FIL. Hombres de manos callosas, que trabajan aquí en Atenas,

que nunca se fatigaron el ingenio hasta ahora,

y ahora han ejercitado sus memorias sin rodaje

con esta misma obra, de cara a vuestras nupcias.

TES. Y la oiremos.

FIL. No, noble señor;

no es para vos: la he oído de principio a fin,

y no es nada, nada en el mundo;

a no ser que podáis hallar deleite en sus intenciones,

forzadas hasta el extremo y aprendidas con cruel trabajo,

para servirlos.

TES. Oiré esa obra;
pues nada puede salir mal nunca
cuando la sencillez y el deber lo ofrecen.
Id, traedlos; y tomad vuestros asientos, damas.
Sale Filóstrato.

HIP. No me gusta ver a la torpeza sobrecargada
y al deber pereciendo en su servicio.

TES. Vamos, dulce mía, no veréis tal cosa.

HIP. Él dice que no pueden hacer nada de este género.

TES. Tanto más amables somos nosotros al darles las gracias por nada.

Nuestro deleite consistirá en tomar lo que ellos yerren:
y lo que el pobre deber no puede hacer, la noble benevolencia
lo acepta por la voluntad, no por el mérito.

Adonde he llegado yo, grandes letrados se han propuesto
saludarme con bienvenidas premeditadas;
donde los he visto temblar y palidecer,
hacer puntos en mitad de las frases,
ahogarse en su acento estudiado por el miedo,
y, en conclusión, quedar mudos y no darme bienvenida.

Creedme, dulce mía,
de ese silencio saqué yo una bienvenida;
y en la modestia del deber temeroso
leí tanto como en la lengua ruidosa
de la elocuencia insolente y audaz.
El amor, pues, y la sencillez sin lengua

dicen más con lo mínimo, a mi entender.

Entra Filóstrato.

FIL. Si place a Vuestra Gracia, el Prólogo está listo.

TES. Que se acerque.

Fanfarria de trompetas.

Entra el Prólogo (Quince).

PRÓL. Si os ofendemos, es con buena voluntad.

Que penséis, no venimos a ofender,
sino con buena voluntad. Mostrar nuestra humilde habilidad,
ese es el verdadero comienzo de nuestro fin.

Considerad que no venimos sino por despecho.

No venimos pensando en complaceros:

nuestra verdadera intención es. Todo para vuestro deleite,
no estamos aquí. Para que os arrepintáis aquí,
los actores están a mano; y por su representación,
sabréis todo lo que habéis de saber.

TES. Este hombre no hace caso de los puntos.

LIS. Ha cabalgado su prólogo como un potro sin domar;
no sabe cómo parar. Buena moraleja, señor:
no basta con hablar, sino con hablar bien.

HIP. A decir verdad, ha tocado su prólogo como un niño con una
flauta:

hay sonido, mas sin gobierno.

TES. Su discurso fue como una cadena enredada;
nada roto, mas todo en desorden. ¿Quién sigue?

Entran Píramo y Tisbe, Muro, Claro de Luna y León; delante de ellos, un trompetero.

PRÓL. Gentiles, quizá os maravilléis ante este espectáculo;
mas maravillaos, hasta que la verdad lo aclare todo.

Este hombre es Píramo, si queréis saberlo;
esta bella dama es sin duda Tisbe.

Este hombre, con cal y revoco, representa
al Muro, ese vil Muro que separó a estos amantes;
y por la grieta del Muro, pobres almas, se contentan
con susurrar, de lo que nadie debe maravillarse.

Este hombre, con farol, perro y haz de espinos,
representa al Claro de Luna; pues, si queréis saber,
a la luz de la luna estos amantes no tuvieron reparo
en encontrarse en la tumba de Nino, allí para cortejarse.

Esta horrible bestia, que se llama León por nombre,
a la fiel Tisbe, que llegó primero de noche,
la asustó, o más bien la atemorizó;
y al huir, dejó caer su manto,
que el vil León con su boca ensangrentada manchó.

Llega luego Píramo, dulce joven y apuesto,
y halla el manto de su fiel Tisbe muerto:
entonces, con hoja, con hoja ensangrentada y culpable,
bravamente abrió su pecho bullendo de sangre;
y Tisbe, aguardando a la sombra del moral,
sacó su daga y murió. En cuanto a todo lo demás,
dejad que León, Claro de Luna, Muro y los dos amantes

lo refieran por extenso mientras permanecen aquí.

Salen todos salvo Muro.

TES. Me pregunto si el León va a hablar.

DEM. No es de extrañar, señor: un León puede hacerlo, cuando tantos asnos lo hacen.

MURO. En este entremés acaece
que yo, de nombre Snout, represento a un muro;
y tal muro, como quisiera que pensaseis,
que tenía en él una grieta o rendija,
por la que los amantes, Píramo y Tisbe,
susurraban a menudo muy secretamente.

Este barro, este revoco y esta piedra muestran
que yo soy ese mismo muro; la verdad es esta;
y esta es la grieta, a derecha e izquierda,
por la que han de susurrar los temerosos amantes.

TES. ¿Desearíais que la cal y el yeso hablasen mejor?

DEM. Es la pared más ingeniosa que he oído discurrir, señor.

TES. Píramo se acerca al muro: ¡silencio!

Entra Píramo.

PÍR. ¡Oh, noche de aspecto torvo! ¡Oh, noche de tez tan negra!

¡Oh, noche, que siempre eres cuando el día no es!

¡Oh, noche! ¡Oh, noche! ¡Ay, ay, ay!

Temo que la promesa de Tisbe se ha olvidado.

¡Y tú, oh Muro! ¡Oh, dulce, oh, amable Muro!

¡Que te alzas entre el terreno de su padre y el mío!

¡Tú, Muro, oh Muro! ¡Oh, dulce y amable Muro!

¡Muéstrame tu grieta para parpadear a través con mis ojos!

El Muro levanta los dedos.

¡Gracias, cortés Muro! ¡Jove te proteja bien por esto!

Mas ¿qué veo? No veo a Tisbe.

¡Oh, pérfido Muro! ¡Por el que no veo dicha alguna!

¡Malditas sean tus piedras por engañarme así!

TES. El Muro, teniendo sensación, debería maldecir a su vez.

PÍR. No, en verdad, señor, no debería. «Engañarme»

es el pie de verso de Tisbe: ella ha de entrar ahora,

y yo he de verla a través del Muro.

Ya veréis, saldrá exacto como os dije.

Ahí viene.

Entra Tisbe.

TIS. ¡Oh, Muro! ¡Cuántas veces has oído mis quejas

por separar a mi hermoso Píramo y a mí!

Mis labios de cereza han besado a menudo tus piedras,

tus piedras unidas con cal y pelo en ti.

PÍR. Veo una voz: ahora me acercaré a la grieta

para espiar si puedo oír el rostro de mi Tisbe.

¡Tisbe!

TIS. ¡Amor mío! Tú eres mi amor, creo.

PÍR. Piensa lo que quieras; soy la gracia de tu amante;

y, como Leandro, sigo siendo fiel.

TIS. Y yo como Helena, hasta que las Parcas me maten.

PÍR. No fue tan fiel Céfalos a Procris.

TIS. Como Céfalos a Procris, yo a ti.

PÍR. ¡Oh! Bésame a través del agujero de este vil muro.

TIS. Beso el agujero del muro, no tus labios en absoluto.

PÍR. ¿Te encontrarás conmigo en la tumba de Nino enseguida?

TIS. Venga vida, venga muerte, llego sin tardanza.

MURO. Así he cumplido yo, el Muro, mi papel;

y cumplido, el Muro así se marcha.

Salen los cómicos.

TES. Ahora está caído el muro entre los dos vecinos.

DEM. Sin remedio, señor, cuando los muros son tan obstinados en escuchar sin previo aviso.

HIP. Esta es la cosa más necia que he oído jamás.

TES. Los mejores de esta especie no son más que sombras, y los peores no son peores, si la imaginación los enmienda.

HIP. Será entonces vuestra imaginación, y no la suya.

TES. Si no imaginamos de ellos peor de lo que ellos de sí mismos, pueden pasar por hombres excelentes.

Aquí entran dos nobles bestias: un hombre y un león.

Entran el León y el Claro de Luna.

LEÓN. Vosotras, damas, vosotras, cuyos gentiles corazones temen al más pequeño monstruoso ratón que se arrastra por el suelo, quizá temblaréis y os estremecéis aquí cuando el León fiero en la más salvaje furia ruja.

Sabed entonces que yo, Snug el ebanista,

soy solo una piel de león, y nada más:
pues si yo como un León llegara a pelear
en este lugar, sería una pena para mi vida.

TES. Una bestia muy gentil, y de buena conciencia.

DEM. La mejor bestia que yo haya visto jamás, señor.

LIS. Este León es un verdadero zorro en cuanto a valentía.

TES. Cierto; y un ganso en cuanto a prudencia.

DEM. No tanto, señor; pues su valentía no puede cargar con su
prudencia,

y el zorro carga con el ganso.

TES. Su prudencia, estoy seguro, no puede cargar con su valentía,
pues el ganso no carga con el zorro.

Bien: dejadlo a su prudencia, y escuchemos a la luna.

CLARO. Este farol representa la luna cornuda...

DEM. Debería llevar los cuernos en la cabeza.

TES. No es creciente, y sus cuernos son invisibles
dentro de su circunferencia.

CLARO. Este farol representa la luna cornuda;
yo mismo parezco ser el hombre en la luna.

TES. Este es el mayor error de todos.

Al hombre habría que meterlo dentro del farol:
pues si no, ¿cómo es hombre en la luna?

DEM. No se atreve a entrar ahí por la vela;
pues ya veis que está apagándose.

HIP. Estoy harta de esta luna: ¡ojalá cambiara!

TES. Por su escasa luz de discreción parece que está en cuarto menguante;

mas, en cortesía y en toda razón, hemos de esperar el momento.

LIS. Proceded, Luna.

CLARO. Todo lo que tengo que decir es decir
que el farol es la luna; yo, el hombre en la luna;
este haz de espinos, mi haz de espinos;
y este perro, mi perro.

DEM. Pues todos estos deberían estar dentro del farol;
pues todos estos están en la luna. Mas ¡silencio!

Aquí viene Tisbe.

Entra Tisbe.

TIS. Esta es la tumba del viejo Nino. ¿Dónde está mi amor?

LEÓN. ¡Oh!

El León ruge; Tisbe huye.

DEM. ¡Bien rugido, León!

TES. ¡Bien corrida, Tisbe!

HIP. ¡Bien brillado, Luna! A decir verdad, la luna luce con buena gracia.

El León desgarró el manto de Tisbe y sale.

TES. ¡Bien desgarrado, León!

DEM. Y entonces llegó Píramo.

LIS. Y así desapareció el León.

Entra Píramo.

PÍR. ¡Dulce luna, te doy las gracias por tus soleados rayos!

¡Te doy las gracias, luna, por brillar ahora tan claro,

pues por tus graciosos, dorados, relucientes rayos
confío en saborear la vista de la más fiel Tisbe!

Mas ¡alto, oh, espanto!

Mas ¡advierte, pobre caballero,
qué espantosa desdicha hay aquí!

¿Ojos, veis?

¿Cómo puede ser?

¡Oh, pato exquisito! ¡Oh, querida!

Tu hermoso manto,

¡manchado de sangre!

¡Acercaos, Furias terribles!

¡Oh, Parcas, venid, venid,

cortad hilo y urdimbre;

doblegad, aplastadme, concluíd y matadme!

TES. Esta pasión, y la muerte de un querido amigo,
estarían cerca de hacer a un hombre parecer triste.

HIP. ¡Maldiga mi corazón si no me da lástima el hombre!

PÍR. ¡Oh! ¿Por qué, Naturaleza, formaste a los leones?

¡Pues el vil León ha deshonrado aquí a mi querida,
que fue — no, no — que era la dama más hermosa
que vivió, que amó, que agradó, que miró con alegría!

¡Ven, llanto, confúndeme;

salid, espada, y herid

el pecho de Píramo:

sí, ese pecho izquierdo

donde salta el corazón!

Así muero, así, así, así.

Se apuñala.

Ya estoy muerto,

ya he huido;

mi alma está en el cielo:

¡Lengua, pierde tu luz!

¡Luna, emprende el vuelo!

Sale el Claro de Luna.

Ahora muero, muero, muero, muero, muero.

DEM. No dado, sino as; pues no es más que uno.

LIS. Menos que un as, hombre, pues está muerto;

no es nada.

TES. Con la ayuda de un cirujano podría aún recuperarse
y resultar un asno.

HIP. ¿Cómo es que el Claro de Luna se ha ido antes
de que Tisbe vuelva y encuentre a su amante?

TES. Ella lo encontrará a la luz de las estrellas.

Aquí viene; y su pasión acaba la obra.

Entra Tisbe.

HIP. Me parece que no debería usar uno largo
para semejante Píramo: espero que sea breve.

DEM. Un átomo inclinará la balanza
de quién es mejor, Píramo o Tisbe:

él como hombre, ¡Dios nos proteja!; ella como mujer, ¡Dios nos
bendiga!

LIS. Ya lo ha avistado con esos dulces ojos.

DEM. Y así ella se lamenta, a saber:

TIS. ¿Dormido, amor mío?

¿Qué, muerto, paloma mía?

¡Oh, Píramo, levántate!

¡Habla, habla! ¿Completamente mudo?

¡Muerto, muerto! Una tumba

ha de cubrir tus dulces ojos.

Estos labios de lirio,

esta nariz de cereza,

estas mejillas amarillas de prímula,

se han ido, se han ido:

¡amantes, lamentaos!

Sus ojos eran verdes como los puerros.

¡Oh, Hermanas Tres,

venid, venid a mí,

con manos blancas como la leche!

¡Ponedlas en la sangre,

pues habéis cortado

con tijeras su hilo de seda!

Lengua, ni una palabra:

ven, espada fiel:

ven, hoja, empapa mi pecho:

Se apuñala.

Y adiós, amigos;

así acaba Tisbe:

adiós, adiós, adiós.

TES. El Claro de Luna y el León se quedan para enterrar a los muertos.

DEM. Sí, y el Muro también.

BOT. No, os lo aseguro; el muro que separaba a sus padres está derrumbado.

¿Os gustaría ver el epílogo, u oír una danza bergamasca entre dos de los nuestros?

TES. Nada de epílogo, os lo ruego; pues vuestra obra no necesita excusa. Nunca os excuséis; pues cuando los actores están todos muertos, no hay nadie a quien culpar.

Pues bien, si quien la escribió hubiera hecho de Píramo y se hubiera colgado con la liga de Tisbe, habría sido una tragedia excelente: y así lo es, en verdad, y muy notablemente desempeñada.

Mas venga, vuestra danza bergamasca: dejad el epílogo.

Danza de cómicos.

La lengua de hierro de la medianoche ha dado las doce; amantes, a la cama; es casi hora de las hadas.

Temo que nos pasaremos durmiendo la mañana que llega tanto como hemos trasnochado esta noche.

Esta obra burda y tosca ha engañado bien al pesado paso de la noche. Dulces amigos, a la cama.

Quince días mantendremos esta solemnidad,
en reveles nocturnos y regocijo nuevo.

Salen.

Entra Puck.

PUCK. Ahora el León hambriento ruge,

y el lobo ulula a la luna;

mientras el pesado labrador ronca,

rendido por la cansada tarea.

Ahora las ascuas gastadas brillan,

mientras la lechuza, chillando fuerte,

recuerda al desdichado que yace en el dolor

la imagen de una mortaja.

Ahora es la hora de la noche

en que las tumbas, todas abiertas de par en par,

cada una deja salir su espectro

a deslizarse por los senderos de la iglesia:

y nosotros las hadas, que corremos

al tiro del triple carro de Hécate,

huyendo de la presencia del sol,

siguiendo la oscuridad como un sueño,

estamos ya alegres; ni un ratón

perturbará esta casa consagrada:

he sido enviado con escoba por delante,

a barrer el polvo detrás de la puerta.

Entran el Rey y la Reina de las Hadas con su séquito.

OBE. Dadme por toda la casa una luz trémula
junto al fuego muerto y soñoliento;
cada elva y duende de hada
saltad tan ligeros como pájaro de zarza;
y esta canción detrás de mí
cantadla y bailadla con agilidad.

TIT. Primero ensayad vuestra canción de memoria,
para cada palabra una nota trinada:
de la mano, con gracia de hadas,
cantaremos y bendeciremos este lugar.
Canción y danza.

OBE. Ahora, hasta romper el día,
por esta casa que cada hada vague.
Al mejor lecho nupcial iremos,
que por nosotros quedará bendecido;
y el fruto que allí se engendre
siempre será afortunado.

Así las tres parejas
siempre serán fieles en el amor;
y las manchas de la mano de la Naturaleza
no existirán en su descendencia:
jamás lunar, labio leporino ni cicatriz,
ni marca prodigiosa, de las que
son despreciadas al nacer,
caerán sobre sus hijos.

Con este rocío de campo consagrado,
cada hada emprenda su marcha,
y bendiga cada cámara por separado
a través de este palacio con dulce paz;
que siempre quede en segura guardia,
y el dueño de él quede bendecido.

¡Partid volando;

no os detengáis;

reuníos todos al romper el día!

Salen el Rey, la Reina y su séquito.

PUCK. Si nosotros las sombras os hemos ofendido,
pensad tan solo esto, y todo quedará enmendado:
que no habéis hecho sino dormir aquí
mientras estas visiones aparecían.

Y este débil e inútil tema,
que no da más fruto que un sueño,
gentiles, no lo reprendáis:
si nos perdonáis, lo enmendaremos.

Y, como soy un Puck honrado,
si hemos tenido la suerte inmerecida
de escapar ahora a la lengua de la serpiente,
haremos enmienda sin demora;
o llamad al Puck embustero:
así, buenas noches a todos.

Dadme vuestras manos, si somos amigos,

y Robin os devolverá la enmienda.
Sale.

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB